

OPUS
CRO

FS
0

G. F. S. - 20 -

Teatro . G. F. S.

Guadalupe no 20.

"Las almodaras?"



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

"Las alondras" en Madrid.

"La Nación" 16 - Noviembre 1927

LOS AUTORES, EN CAPILLA

Lo que nos han dicho de "Las alondras" por teléfono

El portero irreductible. • Pendientes de un hilo. • Zarzuela y reviste: "comedieta"

—¡No se puede pasar!...

El cancerbero, inflexible, opone rotunda resistencia. El ensayo general de "Las alondras" debe haber comenzado hace rato y la orden es terminante: no pasa nadie.

—Hombre, al menos entregue esta tarjeta mía a alguno de los autores—insisto.

Y el hombre, pétreo, rígido, respondió:

—¡Imposible!...

Con una estatua no se puede discutir; por eso no discuto; me voy. En la calle del Barquillo el viento me azota el rostro, frío, implacable, como el portero de Apolo.

.....
Pero hay siempre un teléfono providencial. Son las doce y media de la mañana; brilla en la calle un sol engañador—disfraz de pulmonías—, y al otro extremo del hilo telefónico Guillermo Fernández Shaw me habla.

—No sé qué decirte de "Las alondras"...

Una breve pausa—temor de que se haya cortado—, y sigue:

—Depende del punto de vista, del aspecto en que uno se fije.

—¿Qué ambiente es?—interrogo para ayudarle a precisar.

Moderno. París, el barrio Latino. Estudiantes y *midinettes*. En un momento, la *Mi-Careme*; pero no en escena, sino como ambiente, a modo de fondo. Un principio y final de acto, porque para más no le veíamos teatralidad.

—¿Todo en verso?...

—No; todo en prosa. Sólo hay unos versitos de *almanaque*, que hasta se leen arrancando las hojas de un calendario, y que sirven de base para una situación.

—El conflicto, ¿es dramático?

—El cariz de la obra es romántico predominantemente. A veces, cómico, y a ratos, sentimental, desde luego.

—La calificación de *comedieta*...

—Obedece a que la de zarzuela nos parecía excesiva. Ambientada modernamente, en una época de lujo y vistosidad, hemos querido aprovechar, lo mismo Federico Romero que yo, el segundo acto para "meter" algunos números "arrevistados"; pero haciéndolo con cierta dignidad, desde luego.

—En resumen...

—En resumen, que hemos construido "Las alondras" única y exclusivamente para el lucimiento de Guerrero. No es ésta la primera obra que estrenamos con Jacinto; pero sí es, desde luego, la primera que hemos hecho para él. Y creemos que ha sabido aprovechar las situaciones que le brindamos.

—¿Estáis satisfechos?...

—De todo y de todos. Es costumbre, casi típico decirlo, pero ¿qué vamos a hacerlo si es verdad?... La partitura de Jacinto es digna de él, responde a "su modo" peculiar; los intérpretes están irreprochables, y en la postura escénica no se ha escatimado nada.

—Pues entonces, con deseos buena suerte, asunto concluido. ¡Hasta la noche, Guillermo!...

—¡Hasta luego y gracias, "Sam"!...

.....
La una menos cuarto. Cuelgo el auricular y me precipito sobre las cuartillas; fuera, tras las cristaleras, el sol continúa disfrutando el frío, y desde la mesa del redactor jefe, me llega una pregunta:

—¿Están ya esos "autores"?...

SAM

EL ESTRENO DE ESTA NOCHE

"Las alondras", en Apolo

Cuando el repórter penetra en el escenario de Apolo, en pleno ensayo de «Las alondras», oye unos fuertes golpes de batuta en el atril y la voz del maestro Guerrero, que grita:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Pero qué pasa! ¿Es que estamos asustados?

El coro ha enmudecido. Hay un gran silencio, durante el cual nadie se atreve a chistar. El repórter mira por un agujerito que hay en el telón del foro; quiere ver el ensayo desde el escenario. Ya el crítico y el público—que es el mejor crítico—se sentarán a juzgar en la butaca; el repórter no quie-

sia es un anticipo de la realidad. ¿Qué sabemos si algún día los gendarmes de veras no serán así, como usted?

La señorita se barrera la sien con el dedo, y sentencia:

—Para mí que usted está un poquito de aquí..

*

—¡Un momento! ¡Un momento! —advierde Domingo, el repórter gráfico de Alfonso—. ¡Quietos así un momento!

—¡Pero qué vais a hacer!—pregunta Federico Romero.

—Una fotografía tal como están ustedes.

Godoyol cantan ahora a dúo. Se- lica es una pobre modistilla, y Godoyol es un príncipe que vive de incógnito en París.

—Está muy bien esta chica en la obra—comenta alguien.

Federico Romero, uno de los autores de la obra que se ensaya, ha venido a quedar cerca del repórter.

—Oiga usted—le decimos—, ¿se han inspirado ustedes en el príncipe Carol de Rumania?

—Hombre, es verdad; tiene cierto parecido. Pero la idea de la obra surgió hace dos años al conocer el caso de un príncipe chi-



Los autores y los intérpretes de «Las alondras» en uno de los últimos ensayos de la obra (Fotografía Alfonso.)

re saber si la obra es buena o si es mala, sino anotar lo que ocurre alrededor del ensayo para contárselo al público.

—¡Vamos a ver!—dice el maestro Guerrero—. Venga el número desde el principio. Usted, Godoyol—añade, dirigiéndose al tenor—, ¿por qué no me ha sostenido la nota final como otras veces?

—¡Maestro! ¡Mire!—suplica el tenor llevándose el pañuelo a los labios—. Es que me he hecho una herida aquí y me duele al abrir la boca.

Hay una carcajada general.

Guerrero vuelve a repicar con la batuta en el atril. Suena la orquesta. Entran las voces. Corre la gente que está en escena de un lado a otro. El repórter atisba ahora por una caja. Carmen Andrés se desmaya. «Paco» Gallego, con un espadón al cinto, parece un guardia vestido de paisano. Cuando termina el número, el maestro Guerrero se echa un abrigo sobre los hombros porque está acatarrado.

Jacinto Guerrero ensayó ayer por la tarde en Apolo; se fué por la noche a Valencia; dirigió en Valencia, al día siguiente, por la tarde, el ensayo general de «El huésped del Sevillano»; lo estrenó por la noche con gran éxito; tomó el tren al otro día por la mañana, y al llegar a Madrid se fué de la estación al teatro «a ver si había novedad».

*

—¿Ha visto usted qué trajecitos nos ha dibujado este señor Ferrer?—le pregunta al repórter una segunda triple, girando sobre sus tacones para que la contemplemos a placer.

—Sí que están ligeros... ¿Qué representa usted, señorita?

—Un gendarme. La obra pasa en París, ¿sabe usted? A orillas del Sena. Este primer acto es en un bar... Son las fiestas de la «Mi-Carême»... ¿No le parece a usted que está un poquito descotado este uniforme?

—¡Con este desbarajuste que hay en escena?

—Así mismo. Es para dar la impresión del ensayo.

—¡Y el decorado?

—¡Tal como está.

El periodista pregunta de quién es el decorado, y le responden que es de Colmenero, con arreglo a unos bocetos de Emilio Ferrer. Un fogonazo de magnesio.

—Muchas gracias—dice Domingo.

—¿Queréis algo más? Lo que queráis—dice el popular autor de «La montería».

—Vamos a seguir con el ensayo—se oye la voz de Navarro, el primer actor y director.

*

—¿Es en prosa toda la obra?—interrogamos a Guillermo Fernández Shaw, uno de los autores.

—Toda. Hay solamente unos versitos de almanaque...

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Ahora lo verá usted. Así mismo por aquí.

En efecto; un personaje, que interpreta Blanquita Suárez, arranca la hoja de un almanaque y lee unos versos.

A poco vuelve a sonar la orquesta.

—Una pregunta, querido Fernández Shaw: ¿Cómo llevan ustedes la colaboración con el maestro Guerrero?

—Le entregamos el libro con cantables y todo. Nunca trabajamos a «monstruo» con él. (Sabe el lector, seguramente, que monstruo, en el «argot» teatral, es una letra verdaderamente caótica, monstruosa, pero de acuerdo con la música, que el músico entrega al libretista para que éste, ajustándose a la medida del «monstruo», componga la letra definitiva.) Alguna vez, Jacinto nos dice: «Chicos, no me sale este número.» Y entonces nosotros le cambiamos el ritmo.

—¿Hace mucho tiempo que esta escrito el libro?

—Un año y medio.

—¿Y la música?

—El maestro la entregó hace un mes.

no que había vivido durante mucho tiempo en Nueva York trabajando en una fábrica, sin que nadie sospechase su verdadera personalidad.

Lino Rodríguez coge en este momento una heladora y se la encasqueta hasta las orejas a Galleguito.

—¡Alto! ¡Alto!—ordena una voz—. Esa heladora le baila a usted en la cabeza, Galleguito.

—¡Claro que me baila!

—Pues hay que evitarlo.

—Que me la haga un sombrerero a la medida.

—¡A ver! ¡Atrecista! ¿Dónde está el atrecista?

Se produce un pequeño revuelo en el escenario. Comparece el atrecista; comparece D. Vicente Patuel, el empresario, envolviéndose en una castiza pañosa, dispuesto a resolver el contratiempo; unos discuten, otros opinan; la orquesta se mantiene a la expectativa...

—¿Cómo estamos, maestro!—saluda el repórter, que ha saltado al patio de butacas.

—Ya lo vé usted—nos dice Jacinto Guerrero—. Pendiente del detalle más pequeño. Si se le cae a Galleguito ese aparato de la cabeza, a lo mejor se nos cae la obra en el primer acto... ¡Si la gente supiera las fatigas que se pasan hasta llegar la noche de estreno! ¡Y las que se pasan esa noche!

Ha quedado resuelta la cuestión. Jacinto Guerrero empuña otra vez la batuta. El coro—estudiantes y modistas—entona una canción de juventud. El maestro, con el cabello alborotado y los brazos en aspa, parece un capitán arengando a su gente.

—¡Más alto! ¡Más vivo! ¡Más! ¡Caras alegres!... ¡No, no! ¡Atrás! Vamos de nuevo con el número. ¡Por los clavos de Cristo, un poco de alegría! Tened en cuenta que sois estudiantes y modistas y que estáis en París corriendo una juerga. ¡Si parece que os han suspendido a todos! ¡A ver, chicas! Si yo estuviera en vuestra piel... ¡Vamos a ver, vamos a ver! Pero ¡mecachis! ¡No me véis a mí, y soy de Ajofrín!...

UNA HORA DE ENSAYO.

Con los de Apolo

Recordamos que el pobre Bataille, hablando de Guitry, el otro, el padre, Luciano, decía que era en el escenario, sencillamente, "el hombre que pasa", con sus gestos habituales y peculiares. Había subido maquinalmente a la escena y proseguía

la conversación iniciada en su casa o en el *restaurant*. Así suelen ser también algunos cómicos españoles en la hora del ensayo. Pero cuando se alumbran las candilejas, el ademán sencillo, habitual y peculiar calza co'urno y se hace grave, recitativo, implorante, oratorio y vano. El cómico de verso tiene un acento en la calle y otro en escena, y otro promiscuo en el ensayo. La naturalidad hay que buscarla en el cómico de zarzuela. Y es lógico. El tono de la zar-

zuela es más uniforme. Podrán variar el argumento, el diálogo y la partitura, pero la mecánica—el desfile de coristas, la condición engallada del tenor y la desairada del barítono, la tercería ridícula del actor cómico, etc.—, es siempre igual. No hay variaciones esenciales. Y de ahí que el gesto de los artistas de zarzuela sea siempre el mismo, en la calle, en el ensayo y en presencia del público. Todos son Guitry, a su modo. A fuerza de fingir la misma ac-

titud, año tras año, han adquirido una segunda naturaleza zarzuelera.

Galleguito, en el ensayo—ahora lo comprobamos en *Las alondras*—, es el mismo juguete mecánico que acciona automáticamente en la calle en el escenario; la señora Suárez (doña Blanca) es la misma chica revoltosa y de inquieta periferia que todos hemos admirado alguna vez en el transcurso de los años; y Navarro, y Lino Rodríguez, y doña Carmen Andrés... En realidad, no se ensaya aquí sino la música, la disposición de las figuras en escena y la memoria... En cuanto al gesto y al ademán no es preciso el ensayo... Como en el estreno anterior, y en el otro, y en el otro.

La máxima dificultad en un ensayo de zarzuela o de revista—hoy es igual—recae sobre las segundas típicas y las señoritas del conjunto. A ellas, los reparos, los ceños, las invectivas, el ir y venir, y repetir, y chillar, y amenazar... ("¡Por Dios, niñas!" "¡Otra vez!" "Pero ¿todavía con esas?" "¿Cuántas veces voy a decirlo?" "¡Esa patita, tú, la cuarta!" "A ver, la segunda de la izquierda; más garbo, hija." "¡Reirse, reirse, que no es un funeral!" "¡Caras alegras, niñas!"

Pobres chicas, las del conjunto. El público compensa estos sinsabores del ensayo con una entrañable simpatía. Hay en todas las zarzuelas modernas un minuto de regalada expectación, que precede al desfile bullicioso y joyante de las chicas del conjunto. El escenario se ha iluminado con toda la algarabía de focos y candilejas: el maestro ha dado sus tres golpecitos preventivos sobre el atril; la orquesta se estremece con un aire de sordina; la batuta señala un punto, rápidamente, a la segunda caja, y... las chicas del coro aparecen con pasos sesgados y rítmicos, una tras otra, en fila india, sonrientes, livianas, unánimes como los cisnes, y una estúpida canción en los labios pintados. Las últimas siempre llegan con un poco de retraso y traen al escenario una risa de entre bastidores—alguien que les ha echado un piropeo allá dentro—, y esa risa se vuelve en seguida sonrisa estereotipada de escenario...

Hacen sus piruetas al tresbolillo, brincan dos veces apoyándose en una gritería de trinos, hilvanan luego un trenzado y rompen, al cabo, bulliciosamente, hacia adentro, a medida que se aceleran los compases y que una salva de aplausos asciende en su homenaje. Las chicas del conjunto saludan al público con una alegría más franca y agradecida—y cómo agitan la cabellera con el buz de su saludo!—, más graciosa y sin empaque que las *vedettes* enjoyadas y renombradas.

Sigamos con *Las alondras*. Se ensaya un cuadro de *cabaret*. Es en París y en el barrio Latino: grisetitas, estudiantes, bohemios. La heroína se llama Mimi (Sabido es que en el barrio Latino todas las mujeres que conviven con los estudiantes se llaman Mimis.)

Los autores del libro de *Las alondras* callan, anegados por la gritería y abrumados por el dinamismo del maestro Guerrero y del Sr. Navarro. Fernández-Shaw, con su tímido aspecto de hijo de familia, y Federico Romero, con su arrogante nariz aquilina, que tira del bello superior y muestra la dentadura vigorosa, en un gesto que no se sabe si es de presa o de bondad, velan por la pulcritud de su diálogo, y hacen algunas observaciones gramaticales.

Aquí, el personaje es Guerrero: Guerrero, que baila con el busto sobre el atril; que se desespera y grita a las chicas del conjunto; que acaricia con la voz a los músicos de la orquesta. ("Vamos, por Dios, niñas, hacedme el favor") y a los cen-

tantes del escenario ("Larará-larará-tran-tran. ¡Venga! Uno, dos, uno, dos. ¡Ahora!") y que suda como en Agosto y agita su escasa pelambre, sus hombros orondos, su talle fondón, sus brazos de danzarín. Pensamos que, si en cualquier momento callaran la orquesta y los artistas, nosotros proseguiríamos tarareando la partitura de Guerrero, bajo la muda dirección de su batuta. Y ello sin equivocarnos en una nota. Los grandes poetas dan expresión a los sentimientos inefables del pueblo; Guerrero recoge, define y adorna en su pentagrama los compases que bullen oscuramente en la imaginación de las muchachas. Sería el gran director de un orfeón de menestrales. Al conjuro—no se dice así?—de su varita, suscitara y sacaría a la superficie cuanto de músico tiene el pueblo; el pueblo que va al teatro de Apolo. ¡Toledano genial!

Otra observación: las compañías de zarzuela siguen los ensayos con un interés de que carecen las de verso. ¿Cuántas veces el cómico de verso desconoce el día del estreno la comedia que se va a representar! A él sólo le interesa su papel. En las zarzuelas, no. Ellos y ellas se apolotonan entre los bastidores, con aguda atención, y critican, comentan, elogian y murmuran... Todos se saben el papel de todos, y todos hacen pronósticos antes del estreno. Se diría que les atrae su arte mucho más que a los otros...

Según se va descendiendo de categoría se advierte en los espectáculos públicos este acrecentamiento de afición; el artista de circo es el más apasionado de todos los artistas de escenario.

El Sr. Godayol—Godayol: preserva del frío, del reuma, de la bronquitis y de los catarros crónicos—manejaba, en el ensayo, el pañuelo como servilleta y la servilleta como pañuelo. Sin duda, por exceso de confianza con sus compañeros. Esperamos que se enmendará en el estreno. (Si algún colega no se nos adelanta, pensamos algún día cotejar públicamente nuestras impresiones del ensayo con las del estreno, y subrayar las diferencias).



MADRID. TEATRO DE APOLO

SELICA PEREZ CARPIO, BLANCA SUAREZ, LINO RODRIGUEZ Y PACO GALLEGU
EN "LAS ALONDRAS"

—¿Y qué me dices de esta obra, querido Jacintito?—preguntamos al ilustre toledano, con un tuteo y un diminutivo que hemos aprendido en los círculos teatrales.

—Ya veremos el día del estreno. Esta es la partitura que me ha costado más tiempo de trabajo, si se exceptúa *El huésped*. He tardado en hacerla seis meses. En las demás obras he invertido siempre un mes escaso. En *El sobre verde*, quince días. Pero aquí he tenido que ambientarme en la cosa francesa, buscando, a la vez, los ritmos modernos. El libro es estupendo, y muy original, eso sí. En fin, chico: ya veremos mañana. Yo, la verdad, hago música para Madrid y para Guadalupe con una instrumentación muy sencilla. Es el único modo de que se hagan las obras en todas partes. A o que no hay derecho es a escribir música nada más que para Madrid. ¿Gustará mi obra? El público me lo dirá muy pronto.

Luego, preguntamos a D. Federico Romero:

—¿Es fácil colaborar con Guerrero?

—Guerrero—nos dice—es e colaborador ideal. Respeta todas las letras; no hace monstruos; sugiere situaciones líricas. Nosotros le debemos mucho. Es un hombre encantador. No pone reparos a nada y trabajaba con una actividad extraordinaria... Nosotros conocimos a Guerrero hace años, cuando no era un compositor popular. Un Sr. Villalba, de Toledo, envió una carta a Guillermo, recomendándonos a su paisano, y a nosotros nos fué en seguida muy simpático aquel muchacho... Acabábamos de estrenar *La canción del olvido*, y Guerrero nos pedía un libro. Decidimos hacerle, y lo cambiamos al enterarnos de que se preparaba otra obra con igual título. En esto, vino el primer gran éxito de Guerrero: *La alsaciana*, y no nos atrevimos va a ir a verlo, porque hubiera parecido que buscábamos al músico popular. Aplazamos la cosa, pero Guerrero tuvo su segundo gran éxito con *La montería*. Nuevo aplazamiento por delicadeza... Hasta que por fin Guerrero nos hizo la música de *La sombra del Pilar*, y nos pidió una obra para Apolo. Y esta es la historia de nuestra colaboración...



MADRID. EN EL TEATRO DE APOLO

UNA ESCENA DE "LAS ALONDRAS", OBRA DE ROMERO Y FERNÁNDEZ SHAW, CON MÚSICA DEL MAESTRO GUERRERO, ESTRENADA ANOCHE. (FOTO ZEGRI)

Romero interrumpe airadamente su discurso:

—Oiga, Godayol—exclama—. Fíjese, por Dios: no es "entre todas las mujeres", sino "entre todas las riquezas". ¡Siempre igual!

—Fíjese, hombre, fíjese—dice bondadosamente Guerrero—. Y no me haga tantos sostenidos.

Y Guerrero canturrea rectificando:

Yo para qué quiero el dinero
cuando estoy en París y en primavera...

—Primaveraaaa... Primaveraaaa... Primaveraaaa y nada más, señor. ¿A qué tanto sostenido? Otra vez... ¡Venga!

El ensayo se hace muy aburrido a fuerza de repeticiones, y en la calle el sol de invierno regala al paseante sus últimos rayos. Dejamos la catacumba de Apolo por la algarabía de la calle de Alcalá...

TRIVELIN

EN APOLO. "LAS ALONDRAS"

Los fugaces reinados carnavalescos engendran románticas visiones, sueños imposibles de amor y de felicidad. ¿Qué reinécita proclamada en la gran fiesta de la *Mi-Carême*, de París, no se habrá sentido decepcionada al término de su breve imperio de juventud y de belleza, para volver a su vida humilde y obscura? ¡Oh, es desolador! Así, Mimi, la protagonista de *Las alondras*, sufre también la bancarrota de sus ilusiones al despertar de su sueño azul y advertir que el estudiante de quien se había enamorado era nada menos que un príncipe, un príncipe sin dinero—a los príncipes de opereta les coge siempre sin dinero—, pero príncipe al fin. Mas en *Las alondras* falla lo preceptuado en las comedietas de esta índole, el príncipe, más generoso que sus otros colegas, no abandona a Mimi: muy al contrario, la elige por soberana de su corazón, y la noticia produce en el barrio latino y

en los cabarets de Montmartre, una loca alegría como en los buenos tiempos del padre Murguer. El ambiente, pues, no puede ser más simpático y optimista. Juventud, alegría de vivir, bohemia, sueños de primavera, estudiantes, grisetas, hojas del álbum de París, toda la lira del placer y del amor.

Libretistas tan expertos como Federico Romero y Fernández Shaw han animado las viejas estampas sin la grotesca máscara de lo plebeyo. El libro, si peca acaso de inocente, está escrito con limpieza y una discreta entonación sentimental. Las situaciones musicales de esta comedieta con incrustaciones de revista, como cumple a una moderna visión de este género, para no caer en la vulgaridad al uso, se le ofrecen propicias al compositor. Jacinto Guerrero, el domador del éxito, el mascoto, se adapta a ellas, y en su ambiente de frivolidad, su música ruidosa y alegre corre ligera y fácil en páginas como la canción de los estudiantes, que tiene brío y juventud; en el dúo cómico del primer acto; en la fiesta de la *Mi-Carême*, en el número de los gendarmes, de muy gracioso efecto; en el *black-bottom* del plátano—¡oh, qué dulce y sabrosa la fruta americana, servida por la Yankee!—y en otros números, que se repitieron. Un dúo en el acto primero y otro en el segundo tienen romántica palpación. Sobriamente los destaca Guerrero con cálida frase, y ello le basta al ilustre compositor para dar a la partitura de *Las alondras* un matiz de elegancia.

Selica Pérez Carpio ha interpretado estos momentos líricos con apasionados y sentidos acentos. El tenor Godayol la ha secundado con la más dispuesta voluntad, aunque se mostrara inseguro en algunos pasajes—¡un príncipe tiene tanta responsabilidad...!—; Carmen Andrés, Galleguito, Rodríguez y Navarro sostuvieron la línea cómica con suficiente y contenida discreción. *Las alondras* se han presentado

con los espejuelos de una deslumbrante visualidad. Emilio Ferrer, autor de los bocetos del decorado y de los figurines, ha encontrado para tan importantes elementos de escenografía y vestuario ricos y originales notas de composición; que evidencian su buen gusto y su competencia.

Los autores de *Las alondras* disfrutaron repetidas veces de los honores del prosencio. ¡Salud, Jacinto!

FLORIDOR.

VIDA TEATRAL

El estreno de "Las alondras"

Opereta de los Sres. Romero
y Fernández Shaw, música
del maestro Guerrero

Ocorre ahora un caso curioso en los teatros. Basta que uno inicie con fortuna un género, o por mejor decir, una modalidad dentro de un género, para que media docena se apresuren a imitarle estableciendo una pugna en perjuicio de todos y una monotonía en perjuicio del público. Eso ha ocurrido con la frivolidad. Pero dentro de un mismo teatro, el éxito de una obra, por incomprensible exculpación de empresarios y autores, determina una serie.

Antes, en el género chico—que con estas cosas al pasar a semigrande se va desvirtuando y perdiendo sus antiguos valores—se procedía con más lógica, a la inversa.

Una obra, en efecto, daba patrón, y ahí están los sainetes de chulos, las zarzuelas militares, las humoradas a base de fresco y los dramas comprimidos; pero todo empresario procuraba que no fuesen seguidas. Si el último éxito había sido un melodrama, le sucedía en la sección preferente una revista o una humorada. Ahora se hace todo lo contrario.

La larga y fructífera permanencia en los carteles de *El sobre verde* ha movido a los señores Fernández Shaw, Romero y maestro Guerrero

a ofrecer, para alternar ahora con ella y para sucederla después, una obra de la misma línea.

A mí no me parece mal, como una de tantas variantes de nuestra zarzuela. Estas obras con un poco de todo, son algo híbridas, desde luego, con todas las taras que puede llevar aparejada la hibridez; pero resultan distraídas, y no habiendo abuso las prefiero, y el público conmigo, a las revistas abrumadoras por su fastuosidad. El poquito de asunto para unir los cuadros y destacar los personajes conservándolos a través de toda la acción, nos gusta en España. Son un puente entre la revista francesa y la humorada. En este sentido *El sobre verde* supera a *Las alondras*. La fantasía—creo que la clasifican así—de los señores Paradas y Jiménez tiene por base el sainete y los números curiosos están hábilmente embutidos. En *Las alondras* los señores Romero y Fernández Shaw han producido la mezcla buscando antecedentes para la comicidad en *El rey sustituto* y para la romántica en *Juventud de príncipe*; pero como se veían forzados a apartarse de un desarrollo humorístico que hubieran podido encontrar en la primera de las citadas novelas y no podían temer poco aproximarse al ambiente de comedia o de opereta a que es tan propicia *Juventud de príncipe*, y si se le exigía números vistosos, su comedieta—inadecuada clasificación—fluctúa, parece indecisa y no logra toda la eficacia que pudiera haber tenido escrita con independencia y estrenada en otra ocasión o en otro teatro.

Hay un momento, sin embargo, que merece el elogio y mereció el aplauso, el aplauso sincero, pues conviene decir que aplausos hubo muchos a lo largo de la representación. El final del primer cuadro del acto segundo, al exornar los mozos del Ayuntamiento la guardilla

de Mimí por haber terminado su reinado de la Mi-Carême y caer la muchacha de bruces sobre su máquina de coser, tiene poesía y emoción.

El maestro Guerrero se ha encontrado más en su elemento, sobre todo en los números alegres, de revista; en ellos triunfa siempre. De los de carácter romántico no puede juzgarse definitivamente con relación al público, claro es, por la audición de anoche. El tenor Sr. Goyadol no es el intérprete adecuado. En la romanza de adiós a París deslució por completo el final del cuadro e impidió que el número, tal vez el más completo, y que se oyó con mucho agrado, se aplaudiese.

Su dúo anterior es también honesto y de mayor empeño que el del primer acto.

En los números fáciles destaca una marcha, el conjunto de gendarmes, guardias y policías, y el de tambores, que pudiéramos llamar del terror.

Los bailables: un tango-apache y el «Black-Bottom», también fueron aplaudidos.

Sélica Pérez Carpio, Blanca Suárez, la buena actriz Carinen Andrés, la Yankee, luciendo un traje de plátanos, aunque no ten atrevido como el de Josefina Baker; Galleguito, Lino Rodríguez y Jesús Navarro, son los principales intérpretes y fueron muy celebrados.

Los trajes, lujosos por parte de la Empresa, diseñados por el señor Ferrer, bien en todos los cuadros, a excepción del primero, donde, en atención a las iniciaciones de la obra, la fantasía debe tener limitaciones.

Se repitieron bastantes números y los autores fueron llamados al prescénio.

Antonio FERNÁNDEZ LEPINA



Una escena de *Las alondras*, obra estrenada anoche en el teatro de Apolo (For. Pio)

APOLO: "Las alondras"

Los señores Fernández Shaw y Romero, hechos a planear y escribir libros para ese género de zarzuela que



Sílca Pérez Carpio

Es muy frecuente este error, consecuencia de la producción forzada; es de todos los días olvidar que cualquier obra de arte debe merecer la atención precisa para que dentro de su género sea lo más completa y acabada posible, que es necesario trabajar en ella con entusiasmo y amor, según la práctica de que nos dan ejemplo todos los grandes artistas, los que pulían y cincelaban con tanto esmero y tan exquisito cuidado el poema con la letrilla o el epigrama.

Es muy difícil, aunque algunas afortunadas casualidades parezcan demostrar lo contrario, conseguir del público un respeto hacia la obra que no sintieron los propios autores. Este descuido, esta falta de entusiasmo, se advierte constantemente en «Las Alondras»; tan a la ligera está pensado el asunto, que no han caído los autores en que el Príncipe incógnito, haciendo vida de estudiante y enamorándose de una muchachita modesta, es cosa que ha envejecido en el escenario, con todas las peripecias que surgen fácilmente de la situación, que el suicida desesperado que se aviene a matarse o a aceptar un puesto de peligro, con el subsiguiente miedo y arrepentimiento cuando la causa de su desesperación desaparece, está demasiado desprovista de novedad para que haga efecto. Se pudo aún dar gracia y novedad a los tipos, pero el descuido impidió que cada personaje se definiera en el espíritu de los autores con sus notas propias, con el carácter suficiente para que lo aportaran a la farsa, dándole variedad: apenas entrevistados, se les ha obligado a moverse, a entrar y salir, a sentir y expresar; ellos, faltos de carácter, titubean, y los autores les obligan de una manera forzada, falta de espontaneidad.

Así la comedia es en ocasiones seca, incoherente; se percibe el esfuerzo, el rechinar con que la escena prevista, señalada en el plan se les impone y el esfuerzo con que dicen, no lo que ellos dirían, sino lo que les obligan a decir.

Aun el asunto va un poco forzado; el deseo, no de encontrar situaciones musicales, que esas surgen solas de un libro sentido, sino de hacer números de operetas lindantes con la revista, corta la acción, obliga a desnaturalizar los tipos y ayuda a ello un afán de comicidad y de gracia que, como no viene, naturalmente, de la situación ni de los tipos, sino ísla y directamente de los



Jacinto Guerrero

cidos de la necesidad de animar el diálogo, los arrastra a lo grotesco algunas veces, a lo escabroso otras y a lo inocente muchas.

Y como por mucho que se diga ahora en contra, la labor de músicos y autores es una verdadera colaboración, en la que se producen fenómenos de mutua influencia; el maestro Guerrero, que ha trabajado con más afán, más amor y menos a la ligera que los autores, se ha visto, a su pesar, contra un deseo simpático de mejorarse, arrastrado por lo que de forzado y poco espontáneo han puesto los autores en el libro.

Cuando ellos le dan una situación espontánea y fresca, hace el delicioso coro de estudiantes, sobrio, lleno de entusiasmo y optimismo, un canto de juventud que es una página bellísima, acierto feliz de libro y música; el delicioso dúo del primer acto, tan bien sentido que ayuda a la presentación espiritual de los personajes; más contenido en toda la partitura, eludiendo el halago del número fácil y pegadizo, el maestro Guerrero se va encontrando desamparado por el libro; encuentra a veces



Los señores Romero (a la izquierda) y Fernández Shaw

apoyo en él, como en el sentido final del primer cuadro del segundo acto, y expresa y dice con intensidad; luego, cuando los autores le van ofreciendo números de revista es un poco tarde: lo incierto del libro lo ha desconcertado, la inspiración se entretiene en efectos orquestales y, aunque tiene aciertos, como en el número de los «San culottes», muy bien presentado, o en el de Los Policías, ejemplo de visualidad y derroche, no es el triunfo total que debía recompensar el cuidado, el entusiasmo, el deseo de mejoramiento que se va en toda la partitura, sobre todo cuando el acierto del libro, tratándose de tales autores no podía dejar de tenerlo, le ofrece campo y base de inspiración.

El asunto es completamente moral; lo que hay de escabroso y malsonante

es puramente adjetivo; frases que podrían muy bien suprimirse, chistes innecesarios y una escasez de tela fácilmente remediable.

Héroes de la noche, Sílca Pérez Carpio, el inimitable Paco Gallego; Navarro, muy fino en un tipo de alemán, y Rodríguez.

La Empresa ha hecho un verdadero derroche de vestuario y decorado; ha montado la obra con verdadero lujo; el número de los policías es de gran efecto, y la decoración de Notre Dame de París muy nueva y muy artística.

El público estuvo desorientado; dio muestras de cansancio en el segundo acto, hubo aplausos y algunas protestas: el tacto del maestro Guerrero, que dirigía, no mostrando gran empeño en repetir varios números, merecieron ese honor, hizo que los aplausos predominaran, y llamados por ellos, los autores aparecieron en el escenario al final de todos los cuadros.

Jorge DE LA CUEVA

"El sebete"

17-XI-907



El Sol - 17 - Noviembre 1928.

EL TEATRO

APOLO

"Las alondras", comedia lírica en dos actos, de Federico Romero, Guillermo Fernández Shaw y Jacinto Guerrero.

EL LIBRO

Su principal defecto estriba en la falta de originalidad del asunto. Ya en "Juventud de príncipe", sin contar en "Adiós a la vida" y en casi todos los cuentos de Calleja, existe, como en "Las alondras", un joven príncipe de incógnito, estudiante alocado y sencillo, que al fin y a la postre se casa con una chica modesta, que "tiene una manera celeste de... trabajar cantando". Pero si en el desarrollo del libro de los señores Romero y Fernández Shaw, a falta de novedad temática, brillaran esas inapreciables cualidades que se llaman ligereza y donosura, entonces nada nos importaría lo poco o mucho manido del asunto. Desde un principio, el espectador se desentendía de la trama, y busca sosiego y recreo para su curiosidad en lo accesorio, en los motivos episódicos.

¿Encuentra en éstos lo que busca? Justicia obliga a decir que no. Lo subalterno, por obra de los libretistas, se convierte en cosa difusa, densa, de tono gris, aunque a veces un atisbo de gracia sacuda la monotonía del ambiente escénico.

Claro está que el libro, como de los señores Romero y Fernández Shaw, es pulcro; pero... esa pulcritud, sin picardía dinámica, se hace tan lenta y tan recortada, que no bastan a redimirla, ni los auxilios del músico, ni los del sastre, ni los de los decoradores.

No es un libro recusable, pero sí un libro sin interés, y por afiadura, pesado. Para mejores efectos subsiguientes le convendría una amplia y enérgica poda.

LA MUSICA

La música de "Las alondras" no es la música característica de Jacinto Guerrero. Es decir: de melodía fácil, adherente y persecutiva. La música de Guerrero, sin Guerrero, es lo peor que a los instrumentos sonoros les puede ocurrir. No quiero afirmar, porque no es así, que toda la partitura de "Las alondras" carece de la gracia pimpante de la Musa que la creó. No es eso. Existen números de sello inconfundible, como el "himno estudiantil" y aquel otro del "miedo"—éste con hábiles trucos—, que, a buen seguro, serán atracción sugestiva para la hospitalaria sala de Apolo.

Los libretistas no han hecho un libro para Guerrero. Se engañan si creen lo contrario. Las situaciones musicales no surgen allí con espontaneidad. Las elabora un artificio desairado. Incluso las del "cabaret", y principalmente aquellas que han de definir un estado sentimental de los personajes.

Con todo, aligerado el libro, precipitada la acción y sus elementos representativos, la música, que también ha de librarse de lastre, contribuirá a que "Las alondras" vayan sin obstáculo, no como todos quisieran, pero sí lo suficiente para que la muchedumbre no levante a la altura, con cansancio, su ánimo bien dispuesto.

LOS INTERPRETES

Jesús Navarro compuso un tipo de general alemán de exacta corrección en los perfiles caricaturescos. Sus inflexiones de voz, sus gestos y ademanes facilitaron al personaje vida propia. Probó, una vez más, sus varias y jugosas condiciones de actor fino y valioso.

Selica Pérez Carpio llevó, como cantante, el peso de la obra, y, como tantas otras veces, dió firmes matices a su voz y firmes expresiones a sus cualidades de actriz dramática.

Lino Rodríguez y Galleguito, en sendos papeles cómicos, destacaron sus características comicidades, repletas de acierto. Con ellos Carmen Andrés, deliciosa en una otofal romántica, se distribuyó el júbilo de la fiesta.

Reyes Castizo danzó con su peculiar gracejo.

El tenor Godayol, de tan bien timbrada y agradable voz, no pudo, quizá por miedos pueriles, dar

de sí cuanto debía y cuanto el público, justificadamente, esperaba.

Blanquita Suárez prestó desenvoltura a sus intervenciones, pero no la frivolidad limpia que aquellas exigían.

De los demás, Frontera y Barta son dignos de mención.

LA PUESTA EN ESCENA

El dibujante Ferrer puede apuntarse un triunfo rotundo. Lo mejor de "Las alondras", lo consignamos, con entera lealtad, corresponde a los trajes y panoramas escénicos. Dentro de un tono moderno, de delicadas combinaciones cromáticas, la vida plástica de la obra reviste gratas y artísticas opulencias. Bien es cierto que en esta tarea de fantasía soñada—y, en parte, justificada—le ayudaron el escenógrafo Higinio Colmenero, pintando sus diseños; el sastre Peris, vistiendo sus muñecos, y los empresarios Patuelli, no regateando un ápice las exigencias ni de Ferrer, ni de Colmenero, ni de Peris.

Montó todo este aparato escénico la ponderada y diestra dirección de Jesús Navarro.

EL PUBLICO

Aplaudió con efusivo entusiasmo el himno estudiantil, que hubo de repetirse; cortésmente, otros; con calor, el tango infernal, que también se repitió, a cargo de la Pérez Carpio, y juego coreográfico por "La Yankee" y María Yuste, y al finar los actos, con agrado en el primero, y friamente en el segundo, apostillados estos aplausos con la consiguiente salida de autores e intérpretes a escena.—A. Rodríguez de León.

"La libertad" 17-XI-327

NOCHES DE ESTRENO

"LAS ALONDRAS", EN APOLO

Renovación del cartel y un poco de estrépito
entre el público que acude a los estrenos

Apolo ha renovado anoche su cartel con un libro de Romero y Fernández Shaw, que lleva música de Jacinto Guerrero.

Se titula esta producción flamante «Las alondras». ¿Ha llevado siempre este nombre?

El primer registro que existe en la Sociedad de Autoras reza de otro modo:

«Comedieta lírica en dos actos, el segundo dividido en cinco cuadros, letra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música de Jacinto Guerrero, titulada «Las hilanderas».

Esta obra que se ha estrenado anoche basa el título en una simple hoja de un calendario.

Una alegre muchacha del Barrio Latino hojea y ojea—con y sin—el calendario, encontrándose con una poética relación, que lleva el título de «Las hilanderas».

«Hilanderas—dice ella—que hilan en los sueños de amor, los más bonitos sueños, capaces de todas las quimeras y todas las aventuras.»

La muchacha se lanza a esos sueños y en ellos quemía su propia vida, sin importarle para nada el mañana.

El título, pues, no puede estar más encajado. Pero de pronto, aparece en un periódico la noticia de que el gran Pepe Serrano está terminando de poner música a una obra de Federico Oliver, titulada «Las hilanderas». Y Romero y Fernández Shaw se echan a temblar.

Ellos escribieron una zarzuela sin pretensiones con el título «La sombra del Pilar».

Y Pepe Serrano, al enterarse, levantó el grito hasta el cielo, y dicen que quiso poner un pleito, porque juraba y perjuraba que ese argumento se lo había dado él mismo a los que entonces eran sus colaboradores.

¡Pues si ahora, con la coincidencia de «Las hilanderas»—el mismo título—, se atreven ellos a sostener el fuero!

Pero no hay tal cosa. Enterarse los padres de «Doña Francisquita» de la coincidencia y cambiar el título, fue cosa más pronto escrita que pensada.

Si la alegre muchacha, figura saliente de la comedieta, se quemía en esos sueños que hilan la fantasía, ¿por qué no ha de convertirse en alondra, que vuela en derredor de los espejos que la seducen?

Y la página que arranca del calendario, en vez de encabezar la poesía con el título «Las hilanderas», se encabeza con el título «Las alondras».

Se solucionó, pues, el conflicto, sin detrimento ni pretexto para Pepe Serrano, que pudo armar un nuevo alboroto. ¡Tan simpático!

Y ya están «Las alondras» en el cartel de Apolo. ¿Llegaron oportunamente?

Si se dice estrenar, en Apolo no hubieran hecho falta estrenos en más de seis meses. Bastaba traer a la Josefina Baker, la mulata creadora del charleston, como se nos había dicho; meter en algún trote neoyorquino a Lino y Galleguito; inventar un «aerolio» o «eucolio» para sustituir al «tángolio»; dejar un poco más en libertad a la estupenda Reyes, y campo para «El sobre verde» hasta la entrada de la primavera.

Pero en Apolo hay conciencia en unos y otros. Aun cuando la ropa parecía flamante, reparando de cerca ya se veía el roce. Y «El sobre verde», con sus trescientas largas representaciones, mostraba fatiga hasta en el apuntador.

«Lo subiremos al cartel de la tarde—dijeron, por honrarle—y llevaremos al de la noche algo nuevo.»

Y fueron planeadas y escritas «Las alondras» o «Las hilanderas», como ustedes quieran llamarlas.

¿El género? Hábilmente buscado. ¿Una nueva revista? Hubiera sido un espanto. ¿Un sainete? Una temeridad—el público lo demostró bien a las claras en aquel atisbo que con toda nobleza y honradez intentaron empresarios y autores—. ¿Una zarzuelita de ambiente campesino? Desencajada para las existencias cómicas de Apolo.

Y como el que guía en Apolo, guía, y guía bien, se solicitó a Romero y Fernández Shaw, que llevaron debajo del brazo la comedieta.

Nunca mejor calificada la obra. Estos muchachos son el alcaide de la discreción y del buen tono.

En París anda un género ahora de esta misma salsa. Entre ópera, «vaudeville», revista, zarzuelilla de enredo.

Pongamos como ejemplo «No, no, Nanette», la pequeña y traviesa «Nanette», que da pretexto, a lo largo de los tres actos, a tantas cosas.

¿Por qué no intentar algo parecido? Pero es claro que en Apolo hay que mezclar las picardías con las buenas costumbres—mitad y mitad, hábilmente desparramado—, porque gracias a Dios los madrileños somos muy mogigatos, nos gusta coger todo lo peligroso

con dos deditos y si pudiera ser con un papel de seda, aun cuando luego nos durmamos en la suerte, de los tés de la marquesa o de los reservados del hotel Tal.

En «Las alondras» tenemos mitad y mitad de todo: la señorita buena, juiciosa, honesta y linda hasta explotar en el corazón de un príncipe, naturalmente, de teatro, y la muchacha cascabelera, que sueña con el amor y el dinero, en todo el desenfreno de una cabeza loca.

Y mitad y mitad entre lo bufo y lo grotesco: esos tipos de tan sabia interpretación a cargo de Carmen Andrés y de Lino Rodríguez.

Y mitad y mitad en el ambiente: el interior de aquel bar del Barrio Latino y el cabaret nuevo, que anda ahora por los bajos de la Pigalle, con cuatro chicas alquiladas y cuatro camareros de guardarropía.

Un espectador que se hallaba inmediato a mí anoche, queriendo dar una prueba de su suficiencia parisina—parecía un empleado de Agencia de viajes—, se desencajó un poco de expresión y de impresión al ver aquello en el escenario.

—¡Pero si no hay tales estudiantes en París! ¡Si ese bar no ha existido ni existe más que en la fantasía del escenógrafo!

—¡Pues mire usted por dónde! Una de las cosas de más tino y de más tono en «Las alondras» es la precisa manera—muy teatral, naturalmente—con que el dibujante Ferner y el escenógrafo Colmenero han salvado las dificultades de la postura.

Por lo demás, los autores del libro yo creo que no se han asomado a París todavía ni por curiosidad. Tampoco los de «El sobre verde» no han aparecido por Nueva York, ¡y ya ven ustedes la que armaron!

Pero si no se ve, se lee. Y el que sabe leer y disfruta de fantasía, tiene mucho andado para salirse con la suya.

«Las alondras», en un tono nuevo para Romero y Fernández Shaw, están más que a punto con las exigencias del maestro Guerrero y, lo que es mejor todavía, con el público que ha de desfilar por Apolo en estas noches—¡muchas noches!—que están por venir.

Los que vamos a los estrenos, que somos todos los mismos, ocupamos las mismas localidades, comentamos en el mismo tono, nos ponemos graves o sonreímos siempre con señales de inteligencia, ya empezamos a exigirle tremendas responsabilidades a Jacinto Guerrero.

No hagamos memoria del formidable maestro Chapí, que ya está muerto y quisimos matar en vida muchas veces; fijémonos en Vives, que, aburrido, abandonó la composición; en este otro mimado de ahora—Pepe Serrano—, que en ese mismo Apolo oyó una de las griterías más grandes que nunca se registraron.

Ayer, la gente abonada a los estrenos, venía derecha contra Guerrero.

—¡Y qué!—dirá sonriendo el hombre de Ajofrín.

APOLLO

"Las alondras", comedieta en dos actos, original de Federico Romero y Guillermo F. Shaw, música del maestro Guerrero

¡Injerías han de ser. «Las alondras» llegarán a las 300 noches en el cartel de Apolo; se cantarán en todos los fregaderos, plazas, calles, callejones y encrucijadas que tiene Madrid; se oirán en las pianolas. Y no habrá una sola compañía de zarzuela que no la lleve en el repertorio, ofreciendo para ella todas las ventajas.

¡El tiempo y yo!

Que iba una buena parte del público preparado para la bronca lo demuestra el hecho de las cuatro o cinco interrupciones «embottelladas» que se dejaron caer en el patio sin ningún éxito.

Se pide ahora la cabeza de Guerrero, y mañana, cuando estrene, la del maestro Alonso.

Y los pobres míos llorando sin consuelo porque son dueños de todos los teatros líricos de Madrid.

¡Pero de qué medios se habrán valido para ser los amos? ¿Es que han estado engañando al público hasta la hora de ahora?

Digamos que se repitieron con estrépito todos los números frívolos; el intermedio, a base de un truco sonoro—un pito de perra gorda—, fué la locura. Y, sin embargo, el dúo amoroso, delicado, fino, melódico, apenas se subrayó, y la misma romanza del tenor—no pasamos por el tropiezo final—, debió ser más aplaudida.

La interpretación, verdaderamente magnífica. Muy en primer término Sólida Pérez Carpio, dueña de todo, porque es una cómica de lo mejor que pisa el escenario y una cantante de temperamento y timbre excelente. De todos los papeles que ha estrenado en Madrid éste es el que mejor le va. El público así lo comprendió y la colmó de aplausos. En primera línea también Blanquita Suárez, pimpante y desenvuelta; Carmen Andrés, un monumento de naturalidad y gracia; Lino Rodríguez—¿qué hemos de decir de este ac-

tor inagotable?—; Paco Gallego, el tenor cólico de Apolo—¿es bastante decir eso?—; Jesús Navarro, el concienzudo director y excelentísimo comediante; con Bartita, en su doble aspecto de caricato y encargado del puesto de más riesgo: montar todos los números de las señoritas del conjunto. Y nada digamos de Frontera y el sin par Martínez.

La obra, a todo lujo, pintada y vestida con mucho gusto y digna del buen público de Apolo.

De ese público que empieza a desfilar desde la segunda representación.

¡Pero me falta todavía una enhorabuena! ¿A quién? ¡Ah, sí! Al jefe de la claque.

Nunca he visto funcionario más discreto.

ANTONIO DE LA VILLA

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw son, a no dudarlo, figuras de relieve entre los libretistas de zarzuela. Su frecuente trato con los autores del siglo de oro, su cultura, la costumbre de trabajar con el maestro Vives, de quien tanto se aprende, su acendrado amor al Teatro no sólo por lo que el Teatro tiene de remunerador en pecunia para los escritores, sino por la nobleza de este género literario, han formado su espíritu de tal suerte, que no cabe suponer en ellos—y quiera Talía que las grandes recaudaciones no enturbien nunca las claras fuentes de su inspiración—ni chabacanería, ni claudicaciones, ni servilismos.

Atentos al panorama, un tanto lamentable, de la producción del día, y con el propósito de contribuir a su mejoramiento con aportaciones de piezas superiores en calidad a lo corriente, se amparan unas veces en los clásicos para marcar caminos a los descarriados—«Doña Francisquita», por ejemplo, sirvió, en efecto, de norte y estímulo a muchos libretistas y compositores vacilantes—, y vienen otras, sin empaque de dómines—su modestia y su juventud les excusan del cargo—, pero con noble gesto, a codearse con los que confeccionan esas otras obras de puro entretenimiento, en las que el plano del escritor está muy por debajo del del músico y casi a ras del que llenan el escenógrafo y el sastre.

Tal es el caso de «Las alondras», comedieta de buen porte, en la que se ensaya un remozamiento de la opereta con el injerto de los cuadros de revista, o—aunque a la postre da lo mismo—la elevación de la revista a superiores categorías, dotándola de un argumento de cierta consistencia, algo más que el consabido personaje «conductor» que va hilvanando estampas tras estampa.

No del todo independientes o demasiado cautelosos, en «Las alondras» Romero y Fernández Shaw se han ceñido escuetamente, tanto en el ambiente de la obra como en el desarrollo de la fábula, a los modelos de operetas que pasaron de moda. No queremos decir que «Las alondras»—que el libro de «Las alondras»—sea cosa rancia y desvaída. Bastarían a prestarle modernidad y novedad el acierto de encuadrarlo en un medio estudiantil—frescura, risas, juventud, amor—, y la circunstancia capital antes denunciada de que los caireles de revista, el cascabeleo de los cuadros plásticos en los que se admira un conjunto de bellezas femeninas vestidas de cien modos caprichosos, sobrevienen siempre, para deleite del espectador, en los momentos más precisos...

De lo que encierra una ligera emoción—los amores del príncipe oriental y la cajera parisíen—a lo que es pura «rigolada», caricatura, puereta, se pasa sin que los nervios ni la atención tengan que sufrir altibajos desconcertantes. La unidad dentro de la variedad está lograda casi siempre del modo más cabal. La pericia de los libretistas sólo elogios merece. Interés, ligereza y gracia; he aquí los factores del éxito en esta obra de teatro.

Pensaron Romero y Fernández Shaw que un libro de esta técnica y de esta variedad temperamental cuadraba exactamente a un compositor como Guerrero—melodía archipopular y capacidad para la emoción que no llegue a lo dramático—, y acertaron en sus conjeturas. Guerrero ha escrito unos cuantos números pimpantes, de los que llenan pronto las auras de la calle—el himno de los estudiantes, pieza llena de brío; el «temblorio», un «duetto» cómico, la canción de las «midinettes», la carnavalada y canción de la guillotina de la Mi Carême—, y otros de más alta envergadura en los que palpita una inquietud—los dúos de tenor y tiple lírica, las romanzas de estos mismos personajes y el tango infernal en el cuadro del cabaret—. Y en todo ello, en lo que solicita la risa como en lo que demanda otras reacciones, el joven maestro acusa su personalidad, libre de prejuicios y de otra preocupación que la de realzar la obra de sus colaboradores.

El público, evidentemente más propicio a escuchar a Guerrero que a los libretistas, encontró muy de su gusto absolutamente todos los momentos musicales—se repitieron varios—, y la obra en general, sin languidecer más que cuando alguna escena hablada—en dos instantes, para que el relato sea más fiel—, derivaba hacia lo sentimental en largos diálogos, lunares de sencillo remediar.

Sólida Pérez Carpio, la formidable cantante y actriz de recio temperamento, dijo muy bien el papel de Mimí, y fué aclamada en el tango infernal, cantado con exquisito gusto y singular maestría.

Blanquita Suárez transmitió a sus dos o tres incorporaciones juvenil gracejo, y Carmen Andrés hizo las escenas de su parte con la simpática naturalidad que la distingue.

Le tocó a Navarro interpretar un difícil papel, que el ameritado actor caracterizó con sumo acierto, y Lino Rodríguez y Galleguito, en competencia de desparpajo y de recursos hilarantes, animaron la comedieta con los más felices rasgos.

En otros planos—y aparte la inteligente labor de las segundas tiples—merecen ser destacadas las señoritas María Paso, Olvido Rodríguez y Arais y los Sres. Cumbreiras, Martínez—muy gracioso—, Frontera e Iborra.

Bartita ha montado los números y las evoluciones con su arte característico. También fué aplaudido en el «temblorio».

La bellísima Yankee bailó dos números entre clamorosos aplausos, compartidos en uno de ellos con su pareja, María Yuste.

Al final de los actos salieron al proscenio los autores y el dibujante Emilio Ferrer, a quien se deben los modelos de trajes—preciosos algunos y artísticos todos—y los bocetos del decorado.

La Empresa de Apolo una vez más ha hecho gala de generoso desprendimiento en obsequio al público y en honor a la obra.

L. BEJARANO

Información teatral

UN MEDIANO EXITO DE GUERRERO EN EL TEATRO DE APOLO

"Las alondras" no entusiasmaron precisamente

Es una lástima que el infierno esté empedrado de buenas intenciones, porque se priva cielo de un número considerable de elegidos. Si formara alguna vez parte del Supremo Tribunal procuraría influir para que estos bienintencionados no les enviaran a tan cálidos parajes, e inclinaria el ánimo del sempiterno juicio para que fueran facturados para el limbo, pues más que pecado de maldad es de inocencia y candidez éste de las buenas intenciones a secas.

Claro que el Sr. Guerrero, que es un pillín en el terreno musical, sabe zafarse de las buenas intenciones cuando lo cree prudente e irse derecho al pum, catapum, chin, chin, cuyo pum, catapum, chin, chin, es pon, pon, dinero en el bolsón.

Las buenas intenciones del señor Guerrero en la obra estrenada ayer están en un par de inocuos duos y el pum en una larga serie de marchas y danzas modernistas black-bottom, tango diabólico, etc.

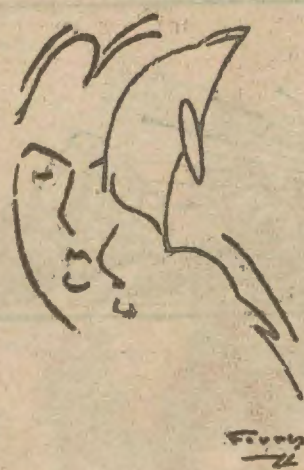
La gente prescindió de las buenas intenciones, y casi de los pums, aunque para éstos fueron los mejores aplausos.

En honor a la musa del Sr. Guerrero diremos que permanece incommovible, igual, tan perfecta y casquivana como en sus primeras obras. Desde luego, esta señorita musilla es la más popular, popularchera, popularista y popularizada de cuantas se asoman a las escenas revisteras y zarzueleras. ¡Cuántos trimestrales envidian sus piernas y medias de seda artificiales!

Los señores Romero y Fernández Shaw han hecho un libro inocentón, con un argumento que era original, acaso, en tiempos de Aristófanes (cinco siglos antes de Cristo).

Las niñas salen muy monas y cortitas, con unos lindos trajes, dibujados por Ferrer.

La señorita Selica Pérez Carpio es la primera en el orden de las citas; tras de ellas vienen todos los demás; hasta el tenor Sr. Godayol—si quisiera ponerse corbata negra con el smoking evitara esa modernidad a lo camarero—, que imita como Dios quiere a los tenorinos de ópera.



Guerrero, Fernández Shaw y Romero, autores de "Las alondras".

Hubo aplausos, aunque no tantos como los autores hubieran querido, y, en la lejanía, muy en la lejanía, amagos de truenos. No se puede uno fiar de estos días de sol otoñales: son fríos y se arma una tormenta en la punta de un... parrayos capaz de espantar a los gorriones y las alondras.

F.

INFORMACIONES PINTORESCAS

UN ESTRENO POR DENTRO

LA EMOCION DE LOS ARTISTAS Y LA NERVIOSIDAD DE LOS AUTORES

Cuando llegamos al teatro de Apolo hay en los pasillos que dan acceso al escenario un silencio denso. Los cuartos del primer piso parecen deshabitados. Es el momento en que los artistas buscan en el fondo del lago de los espejos los gestos sugestivos y artificiales que a luz, artificial también, subraya luego, dándoles expresiones definitivas, y en que empiezan a disimular su personalidad humana para convertirse en muñecos del tinladrillo de la farsa. Colgadas de los clavos, las pelucas rubias y las risas o francamente nevadas que hacen que en las cabezas de los artistas pasen los años en el breve transcurso de un acto a otro. Sobre el blanco lienzo que cubre los focadores, descuidados los de los ombres, limpios los de las damas, los tubos de pintura que fingen o disimulan ojeras, arrugas y acentúan el color en los rostros.

Pasamos al escenario, que, entre las sombras, es como un pozo. Anegar por un escenario en sombras es exponerse a caer, enredados los pies, en un manojo de cuerdas, a gujerear un decorado que finge un recio muro o a tropezar con un aparato de luz, que al ser derribado sobrecoge con su estrépito todos los que se encuentran en el teatro.

Paquito, el traspunte del teatro de Apolo, da "la segunda". El timbre eléctrico hace correr la chispa que engendrará en su seno a través de todos los pisos del teatro, y en cada uno va encendiendo una serie de bombillas opacas por el polvo. La "segunda" ha puesto en tensión los nervios de los artistas. Se acerca el momento de encararse con el enemigo en esa lenta batalla que es un estreno.

Los artistas, por el prestigio de su arte, por su esfuerzo personal, abrazando el valor emocional de sus palabras que el autor del libro escribiera, dando calidad a la emoción musical que embargó al músico en el momento de la concepción, procurando con el ritmo de sus movimientos la plasticidad visual por todos, han de determinar la corriente eléctrica también que, ardiendo en un solo denominador, el auditorio, lo rinda a discreción. El éxito para todos es la bandera ganada en la liza.

A poco de llegar el repórter que va a vivir por dentro este momento emocionante de un estreno, encuentra al maestro Guerrero pletórico de juventud, henchido de optimismo,

arrojador, cautivador y convincente. El primer valor de Guerrero es Guerrero mismo, ese optimismo suyo, lozano y comunicativo que gana de antemano la primera escaramuza.

—¡Chico, créi que no iba a poder venir a dirigir!

mientras nos dice esto ya nos ha dado abrazos fuertes y cordiales a nosotros y a las ocho o diez personas que han acudido al conjuero de su voz.

—Al terminar de cenar he sentido una angustia desagradable. Es que estoy bajo los efectos de

un catarro, de unas anginas molestísimas. A ver, ¿quién tiene unas pastillas de clorato?

En seguida surge un amigo con una caja de pastillas.

Con su voz fuerte y enérgica, Paquito da el grito sacramental:

—¡Que voy a empezar! ¡Que empiezo!

Ya está en conmoción todo el teatro.

Paquito llega al cuarto de Jesús Navarro, director de la compañía, y le dice:

—Todo está dispuesto. ¿Puedo empezar?

—Pregunte usted a los autores y al Sr. Patuelli.

El maestro Guerrero se despide de todos, y dirigiéndose a los artistas, dice como un general que se dispone a entrar en la lid:

—¡Animo, y vamos por ellos!

Y decidido, animoso y jovial cruza el escenario para bajar a la orquesta.

En el escenario se ha hecho la luz artificial, y las cosas artificiales por efecto de esta luz han adquirido valor en realidad.

Al otro lado del telón hay un ruido de colmena. La música, debajo del escenario, afina con una serie de ruidos inarmónicos e individuales, que la batuta del maestro fundirá en uno solo. El escenario se ha llenado de las graciosas figuras de las segundas tiples y de las partes, convertidas en "midinettes", estudiantes, policías, jacobinos, tambores, plátanos, etc.

En este momento conseguimos atisbar por un agujero del telón el espectáculo de la sala. Una neblina densa amasa las figuras y borra los contornos. Sólo acertamos a descubrir algún rostro que se destaca en la niebla de la sala sobre la tabla de nieve de una pechera almidonada.

Ferrer, el querido camarada que ha vestido la obra y ha trazado el diseño de los decorados, nos coge de una mano y nos coloca en el centro de la escena.

—Fíjate — nos dice Ferrer —, mi teoría ha sido dar, dentro de un concepto moderno de decorado, una sensación de realidad. Creo que el sentido de modernidad imprescindible está logrado, y, sin embargo, nada falta para que esto sea un bar.

—¡Fuera, fuera!— gritan a nuestra espalda varias voces. y



ocho o diez brazos nos empujan fuera de la escena.

Dominando la emoción del momento, Navarro exclama desde el escenario:

—¡Los que empiezan! ¡Nenas! ¡Vamos, hijitas!

Y empuja a las más rezagadas.

En la orquesta se va concretando la armonía. Se percibe claramente el tamborileo metálico de la batuta del maestro golpeando nerviosa en el atril.

—¡Luz! ¡Luz!—reclama Ferrer.

—Ya llegó el momento fatal—dice Paquito, solemne, oprimiendo el timbre.

Galleguito ha de aparecer como si le hubieran sacado del Sena, donde se arroja en un momento de desesperación. Para lograr el máximo efecto, el simpático tenor cómico ha mojado sus ropas y ha hecho naufragar, antes de ponerla, su peluca parda.

Los grupos se deshacen. Los nervios de cada uno encuentran desahogo de bien distintas maneras. Algunos pasean a grandes zancadas. Otros cambian los pun-



La orquesta ataca los primeros compases.

La escena está compuesta. Selika, tras el mostrador, se oculta un poco, cubriéndose con una máquina registradora.

El maestro Fuentes espía el momento de enlazar con la orquesta una canción, que se canta con telón corrido.

—¡Ahora!

El maestro baja la mano, y en una pausa de la orquesta suena la canción:

"Magdalena, Magdalena,
qué idea tuvo tan buena
Magdalena, Magdalena,
poniendo un bar en el Sena."

Se levanta el telón. La comedieta empieza. En el escenario de la farsa los autores del libro van a poner en acción un cuento infantil.

Guillermo Fernández Shaw se abraza a Patuell.

—Don Vicente—le dice—, si no resulta, nosotros hemos hecho todo lo posible.

—¡No ha de resultar! Esté usted tranquilo.

La emoción del momento la corta la presencia en el escenario de Galleguito, de Lino Rodríguez y de Navarro, que ponen, por efecto de su caracterización, una placentera sonrisa en los rostros alargados de todos.

tos de observación y escudriñan el decorado en busca de un agujero que, apenas descubierto, abandonan para buscar otro. Federico Romero, completamente dueño de sí, dirige la escena desde la primera caja, haciendo fulminantes advertencias. Ferrer va disponiendo todo lo que ha de jugar en el acto siguiente.

—Parece que interesa el libro—me dice alguien a mi lado. Y cuando me vuelvo a contestarle ya ha desaparecido.

En un momento nos encontramos solos en el escenario. De caja en caja, va la Yankee vestida con un sugestivo pijama de seda, y dejando tras de sí la estela luminosa que emana de sus dientes, y un aire perfumado. Su paso, a más de su figura gentil, lo señala el tintineo metálico de las chapas de sus zapatos de bailarina.

En busca de los autores nos vamos al saloncillo. Guillermo Fernández Shaw está sólo en él, sentado en un sillón, completamente extraño a cuanto sucede.

—¿En qué estreno has tenido más miedo?—le pregunto.

—Chico, no lo sé. Claro que, por el momento en que me lo preguntas, te diré que en éste.

Entra en el saloncillo D. Vicente Patuell, que se sienta siem-

pre sobre sus piernas dobladas, como un Buhda, postura que tiene también antecedentes árabes.

—¿Ha gastado usted mucho en montar la obra?

—Mire usted, con esto del dinero que se gasta en montar las obras ocurre lo contrario que con la edad de las señoras. Lo que sí le puedo decir es que yo no he escatimado nada. Cuanto han pedido los autores y Ferrer he dicho que se haga.

En este momento se siente la orquesta, que ataca el primer número de la obra. Todos vamos al escenario a ver si se repite.

Efectivamente, al terminar suena la primera ovación, fuerte, nerviosa, ovación de público, que arranca de adelante atrás, y va prendiendo en todas las localidades de la sala. El número se repite, y en todos prende el alborozo. Se acortan las caras, cesan los paseos y todos nos agolpamos en la primera caja. Terminado el número, viene la escena de Galleguito, y surge Rambal. Navarro tiene que entrar en escena simulando que ha dejado en la puerta del bar una motocicleta. Rambal ha mandado al escenario de Apolo, la caja en que tiene guardado el ruido de esta máquina.

Sigue la representación. Un mutis de Lino Rodríguez, y a Carmen Andrés se aplaude también con fuerza.

—Esto me satisface más—dice el empresario—que si se repitiera un número, porque demuestra que el libro interesa y los personajes cómicos se admiten sin reservas.

Sigue un número cómico a cargo de Blanquita Suárez, que no consigue visar; y luego un dúo, en el que Godayol y Selika Pérez Carpio hacen alarde de sus facultades. La ovación es fuerte, pero el maestro no repite. Extrañeza en todos. Varias escenas más, y cae el telón. (Grandes aplausos.) El maestro Guerrero irrumpió en el escenario, impulsado por la fuerza de la ovación. Se levanta el telón, y autores e intérpretes saludan complacidos. El saloncillo se llena de autores.

Se reanuda el hilo del cuento. La Midinette es reina por el milagro de su belleza y de su juventud. Pero su reinado es efímero y pasa, aunque su belleza queda, y por primera vez la tramoya se muestra ante los ojos del espectador. Son los propios tramoyistas los que, a la vista del público, van quitando el dosel, las cortinas multicolores que convirtieron por un momento en salón de trono la buhandilla de la Midinette.

Los tramoyistas, tan seguros siempre y tan ágiles, ahora que trabajan a la vista del público andan torpes y premiosos.

Godayol y Selika, entre cajas, esperan el momento de salir a escena para cantar el dúo "formal" de la obra.

—¿Tiene usted miedo?—le preguntamos a la gran triple.

—No puede usted imaginárselo. Hace cinco días que ni como ni duermo. No puedo tomar más que caldo y huevos.

—Pues mire—dice el tenor—. Yo ya no tengo miedo. Ayer tenía más.

—Mire usted cómo estoy—me dice Selika—, alargándome su mano fina y blanca.

Selika está fría, con una frialdad de estatua.

En los cuadros siguientes la fantasía se desborda. Las chicas irrumpen en el escenario vestidas con trajes caprichosos para los números exóticos; vienen los bailes, ruidos, bailes a cargo de la Yankee, que pone en ellos todo su arte de danzarina, y obtiene cálidos aplausos. Luce Reyes Castizo un traje "tropical" y extraño, construido con bambolean-tes plátanos...

En el escenario no pasa nada; todo está a punto. Guillermo Fernández Shaw y Federico Romero, a lo largo de sus paseos, se encuentran y se separan, como si no se conocieran. La emoción ha acabado por ganarnos a todos. La batalla es difícil y empeñada.

Se espían las carcajadas para respirar; cada ovación es acogida como un descanso.

La fiera no ha querido entregarse fácilmente. Jacinto Guerrero, el domador del éxito, ha tenido que poner en esta ocasión en juego todos sus recursos.

Pero los que conocen la comedia se muestran optimistas. Alguien nos dice:

—El público va de sorpresa en

sorpresa. El contraste entre la obra de ayer, de una gracia ruidosa, y la comedieta de hoy está demasiao acusado. Lo que más vale en esta obra, libro y música, es el espíritu de juventud, de optimismo, de gracia fina que la informa. El público de mañana, más reposado, lo apreciará mejor. (No queremos ni afirmar ni desmentir; el repórter no conoce la obra. El que juzga está fuera.)

Termina la representación, vuelven a gozar los autores del honor del proscenio y el saloncillo se llena de público.

El repórter ingenuo, un poco desorientado, le pregunta a un autor de sólidos prestigios:

—¿Qué le ha parecido a usted, maestro?

—Me ha parecido admirable. El público ha estado muy cauto. Se nota la falta de "claque"; con "claque" el éxito hubiera sido ruidoso, porque hubieran sido dominados los "caimanes".

—Pero, ¿había "caimanes"?

—Sobre la sala del teatro se había desbordado esta noche el Nilo.

V. GUTIERREZ DE MIGUEL

EL EXITO DE APOLO LAS ALONDRAS La obra de los estudiantes

"Heraldo de Madrid"
17-XI-927.

En Apolo se estrena "Las alondras"

La desorientación ambiente arrastra con fuerza irresistible hasta a los temperamentos más equilibrados y ecuanímes. El imperio de la frivolidad, cristalizada en el ruidoso «jazz», en las danzas exóticas y en los trajes atrevidos, ha desconcertado a la totalidad de los autores teatrales.

Así dos libretistas de la probada pericia y del reconocido buen gusto de Romero y Fernández Shaw, al querer brindar a Guerrero una fábula propicia al completo desenvolvimiento de su personalidad artística, han incurrido en algunas vacilaciones. El lirismo amable y optimista, cuyo ámbito se desenvuelve entre una fresca risa y un suspiro romántico, sin pretender abordar lo dramático ni lo ultrabufo, es el criterio que ha presidido en la concepción de la trama. El ambiente es un acierto indiscutible; el matiz, levemente sentimental, se diseña con habilidad y maestría.

Mas el deseo de alcanzar el éxito ruidoso, la debilidad de no querer sustraerse a cuantos elementos puedan garantizar el fácil entusiasmo, lejos de beneficiar a la obra ha sido escollo imposible de sortear. La obra fluctúa constantemente: pasa de la opereta a la revista; del espectáculo moderno y desquiciado a la ingenuidad de una opereta sentidita.

Sólo un músico del dominio escénico y de la fácil pluma de Jacinto Guerrero podía defender su misión con probabilidades de acierto.

Modelo de efectismo es el número

de los guardias, que primero refleja con jocosa Musa una situación de miedo; después se transforma por un simple cambio de ritmo en airosa marcha, y adornado por último con grotescos contrapuntos vocales al recuperar el primitivo ritmo. Número de gran autor y de músico inteligente, fué aplaudido con gusto por el público. Un dueto cómico lleno de gracejo; el charleston del plátano, deliciosamente bailado por La Yankee; un tango cantado por la Pérez Carpio y muy bien bailado por La Yankee y María Yuste, que, dicho sea de pasada, estaban guapísimas, y el himno de los estudiantes —marcha en seis por ocho del más puro tipo Guerrero— fueron los otros números que alcanzaron mayor éxito y merecida repetición.

En la parte seria destacan algunas bellas frases—especialmente la de la tiple en el dúo del acto segundo; mas a pesar de la meritísima labor que realizó Séllica Pérez Carpio no pudo contrarrestar el pernicioso influjo del tenor Godayol, demasiado engolado y con exceso de miedo.

Blanquita Suárez, muy bella y acertada en su papel, se nos manifestó una vez más como inmejorable tiple cómica y bisó el número de la «guillotina», que dijo con sugestivo garbo.

Galleguito compuso un tipo con el dominio humorístico en él habitual, y Lino Rodríguez, gracioso sin exageraciones, fué ovacionado en un mutis. Carmen Andrés consiguió dar originalidad a un tipo tan conocido como el de la jamona añiñada, y Navarro caracterizó con autoridad un militar alemán. En segundo término merecen elogio Frontera, Juanito Martínez, Cumbreiras, Barta y las señoritas Paso, Rodríguez y Arias.

La escena, servida con rumbo y fastuosidad, de acuerdo con figurines y bocetos de Ferrer.

FORNS

"La Nación" 17-XI-97

COMEDIAS Y COMEDIANTES

Estreno de "Las alondras", en el teatro Apolo

APOLO.—"Las alondras".—¿Será cierto—según manifestaban los autores del libro de "Las alondras" en los tres sintéticos párrafos de su autocrítica—que el mundo aparece invadido por una ola de frivolidad, de la que el teatro no puede evadirse? Nada más lejos de nuestro ánimo que discutirlo en la ocasión presente. Ellos, desde luego, D. Federico Romero y D. Guillermo Fernández Shaw, iban a llevar la que suponen inevitable frivolidad escénica "por cauces de finura y buen gusto". Y para lograrlo, ¿cabía algo mejor, dentro de sus particulares opiniones, que trasladarnos a un bar del mismísimo bulevar Saint-Michel, evocador de la tumultuosa alegría del barrio Latino, con todo su grato estruendo estudiantil? Pudiera creerse tal vez que los autores confundían la frivolidad con la juventud; pero ese es un extremo que tampoco importa dilucidar, ya que el primer acto expositivo, desarrollado en el bar en cuestión, sirviéndole de fondo la supuesta fiesta de la "Mi-Careme", que ríe desbordada en la calle, es un acto privado desde el principio al fin, sobre todo con los amores operetescos, brevemente apuntados entre un joven Príncipe que hace de incógnito sus estudios y sus aventuras en la luminosa Lutecia y una costurerilla honesta que lleva, naturalmente, el nombre de Mimí.

Lo malo es que los Sres. Romero y Fernández Shaw escribieron, con arreglo a sus propias declaraciones, no una obra "con" Jacinto Guerrero, sino una obra "para" este inspirado compositor. Esta idea de servidumbre literaria, tan opuesta al verdadero concepto artístico de la obra lírica, surgió en ellos—seguimos ateniéndonos a su autocrítica—presenciando el estreno de uno de los trabajos más populares del joven compositor. Y era difícil vislumbrar, a través de lo que veíamos anoche, la obra inspiradora, dada la varia estructura del nuevo libro. Porque si el primer acto ofrece alguna conexión y algún carácter, los tres cuadros del segundo van de la opereta a la revista, apareciendo salpicados de vez en cuando por algún elemento bufo, que viene a aumentar la confusión.

Diríase que a los libretistas se les había escapado el asunto una vez entregados a las situaciones musicales, y que ya no lo graban recogerle, ni mucho menos desenlazarle. Entre tanto, nos llevaban de acá para allá entre mutaciones y mascaradas para acabar hundiéndonos, a nosotros y a la protagonista, en el socorrido "cabaret", propicio siempre a toda clase de números fantasmagóricos, que ayer surgían cual residuos del recién desaparecido "Sobre verde". Y con tamaña desorientación la temi-

ble languidez se había apoderado de la escena.

El maestro Guerrero, por consiguiente, al que de tan excesivo modo se trataba de ayudar, tenía que encontrarse falto de un sólido apoyo para la unidad de su partitura. Así y todo, procuró obtenerla con sus exclusivos medios, hasta el punto de que la música de "Las alondras" quizá sea una de las obras en que hubo de poner más empeño y amor. Por lo pronto, el brioso coro juvenil que la inicia trata de reaparecer en otras páginas, repitiéndose íntegramente en ocasiones, a fin de mantener el tono acertadísimo y justo con que hubo de presentarse la magnífica estudiantina. Y si es evidente que el músico parece desenvolverse con mayor libertad en los números ligeros, no debemos olvidar en su propósito de unificación y de acatamiento a la condición íntima y primordial del libro, momentos como los dúos de los actos primero y segundo y el adiós a París del enamorado Príncipe, excelentemente subrayados y comprendidos. Y claro es que entre eso va todo lo demás, con seguridades de victoria. Allí estaban, al efecto, varios números cómicos, entre los que sobresale el de los gendarmes o del miedo, y por su alegría y color el de los tambores, el "black-botton" del plátano, bailado con su arte personalísimo por Reyes Castizo, y el tango infernal principalmente, números que se repitieron, sin que ello fuera en desdoro de los anteriormente señalados.

Los aplausos sonaron con entusiasmo en honor de Jacinto Guerrero, que se hallaba al frente de la orquesta, y que tuvo que presentarse en el palco escénico al final de los actos, seguido por los libretistas. Así, aunque la presencia de éstos fuera acogida, a la terminación de la obra, con algunos siseos, no cabe negar la bondad del éxito.

Consignemos, antes de terminar, que los intérpretes merecen efusivos elogios, especialmente Selica Pérez Carpio, que cantó bien su parte; Blanca Suárez, graciosa y dotada de voluntad en todos los instantes; Carmen Andrés, afortunada en una francesa otofial, y los Sres. Rodríguez, Gallego y Navarro, que otorgaron gran valor a sus papeles respectivos. Unicamente desentonó, sobre todo en un pasaje de compromiso, el tenor Godayol, por no conseguir dominar sus nervios en el transcurso de la velada. En lo que respecta a la presentación, hay que elogiar con la esplendidez de la Empresa los diseños de decorado y vestuario del dibujante Emilio Ferrer, muy originales y entonados.

José ALSINA

VELADAS TEATRALES

APOLLO.—Estreno de la comedieta lírica en dos actos, original de los señores Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero, titulada «Las Alondras»

Poetas siempre, y poetas de proverbial sinceridad literaria, los señores Romero y Fernández Shaw asómanse a la vida con el sentimiento abierto a la emoción, para saborearla, primero, y traducirla después al lenguaje convencional de la escena. Y un poeta, además, logra difícilmente una visión de estricta realidad; en su pensamiento anidan multitud de imágenes poéticas, jóvenes o pretéritas, que revolotean inquietas alrededor de las ideas para asociarse a ellas, ampliándolas, dorándolas, vistiéndolas, en fin, con el velo de su espiritualidad. Por esto, si ambos autores transportan su imaginación a los simpáticos cafetines del barrio Latino parisense, donde brillan o se apagan tantas figuras humanas interesantes, dulces o amargas, personajes románticos de Lamartine o tipos del Aretino y Fracastor, lo natural es que dejen atraer su ánimo por un recuerdo de insistente y noble emoción. Alfredo de Musset y «Mimi Pinson» hallanse ocultos, hoy como ayer, en todas las calles y callejas tradicionales del París estudiantil, y todo hombre medianamente letrado que conozca en aquel ambiente a la griseta inmortal memorará sin poderlo remediar la canción famosa del poeta

«Mimi Pinson est une blonde
une blonde que l'on connaît...»

Mimi, pues, es también la heroína de Romero y Fernández Shaw; mas es la griseta de Musset, sentimental, ambiciosa de suaves y puros amores que puedan un día liberarla de la bohemia tormentosa. No es la griseta de nuestro tiempo, libre de prejuicios y ligera de un romanticismo demasiado pesado sobre unos sentidos que todo lo han de hacer en la existencia: las barreras ideales que antaño cubrían una parte del horizonte femenino, aquella parte de horizonte más bella precisamente, cayeron con las fortificaciones de París y con las hojas otoñales de hace quince otoños. Y la mujercita amiga del estudiante, la rubia ingenua del siglo anterior, ya no mira a la luna en su ensueño, que mira a los Campos Elíseos, donde viven los millonarios internacionales y se venden cuantos artículos de lujo y coquetería pueda ambicionar una mujer.

No debe buscarse, por tanto, en «Las Alondras», una nota de color del París contemporáneo. Si de ahora fueran sus personajes, el príncipe oriental que eleva a la gentil Mimi hasta la fastuosa condición de reina asiática no procedería misteriosamente, sino que llamaría a los informadores de agencias telegráficas para hacerles confidentes de su amor y de su dicha, comunicándoles al propio tiempo, en nota oficiosa, la renuncia al trono de sus mayores, con las naturales reservas tomadas frente al porvenir. «Mimi Pinson» es, en 1927, un personaje casi consular, y los embajadores curiosos ya no frecuentan los salones de la duquesa de Dino ni de la «Dama de las violetas»: Hohenlohe acudiría presuroso en nuestros días a la «bottle» alegre y trepidante donde luce sus encantos, sus relaciones principescas y sus habilidades políticas la deliciosa y graciosa Mimi.

Quizá fuera ese contraste, entre lo pasado y lo actual, lo que al público de Apolo sorprendiera anoche. Entre el pensamiento de los autores y la esperanza del auditorio interponíase la imagen de la «garçonne» modernista, vertida ya a la ironía popular madrileña y subrayada muchas noches en el mismo escenario. Con un compás un poco más rápido. «Las Alondras» adaptarían su vuelo más precisamente a los vientos que soplan habitualmente en el viejo coliseo. Pero el buen gusto y la probidad literaria de los señores Romero y Fernández Shaw hacen un movi-

miento de justa correspondencia en el espectador, quien, por otra parte, halla en la obra ciertas notas de ambiente moderno ajustadas a la moda caprichosa del momento.

En esos números de revista halla el público al maestro Guerrero tal cual es. El coro de estudiantes, el «black bottom», el conjunto de policías, trazado con tres compases diferentes, y el dúo cómico del primer acto, llevan la marca personal de Jacinto Guerrero bien impresa. En lo restante, hemos de reconocer que el compositor no puso a su inspiración en la ruta del acierto. Y, para no insistir, diré que el talento del aplaudido autor de «El sobre verde» debe señalarse a sí mismo los límites justos de su dominio: ello será una autolimitación que ha de rendirle, en adelante, grandísimo provecho.

Fué aplaudida la obra, y con mayor empeño en determinados momentos musicales. En la interpretación pusieron todos buena voluntad y ánimo despierto: Selica Pérez Carpio, la Suárez, Carmen Andrés, Lino Rodríguez, Gallejo y Navarro, muy acertado, por cierto, encarnaron los principales personajes. El tenor Godayol descubrió algunos puntos débiles, corregibles con paciencia, afición, estudio y escuela. Muy bien el dibujante Ferrer y el escenógrafo Colmenero. Pero vuelvo a decir que en este género teatral la empresa que no quiere renovar y perfeccionar sus procedimientos y resortes está condenada ineluctablemente a muerte.

HIPOLITO FINAT

DESPUES DEL ESTRENO

Selica se confiesa

Me hubiera gustado mucho antes de que en Apolo se levantara el telón y yo tuviera que interpretar mi papel en «Las alondras», haberme dado una vuelta, cita por París. No conozco París. Y, sin embargo, este verano, cuando terminé mi temporada en Apolo, me salió una combinación para hacer un viaje a París sin que me costara dinero.

Unos amigos míos, periodistas, me hablaron de hacer una excursión en motocicleta. Estábamos en Toledo. Arreglamos las cosas una mañana. Y sin otras reflexiones nos echamos a la carretera en línea de Madrid para luego tomar por la de Francia.



Selica Pérez Carpio

Eramos ocho camaradas. Teníamos ya preparadas las motocicletas—los politos decían ser muy expertos—, y en un garaje del antiguo paseo de Areneros era nuestro punto de cita.

Allí fui yo a la hora que se me había dicho. Y allí se presentó el compañero que me había correspondido en suerte.

—Selica, hija mía!—me dijo—. Todo se ha venido a tierra. Ya no podemos ir; hay un contra-tiempo serio.

—¿No me digas!

—Sí, te lo digo. Hay un contra-tiempo serio. No podemos ir porque los cuatro hombres que habíamos de sufragar todos los gastos de la expedición hemos hecho recuento de disponibilidades y la suma ha resultado aterradora: ¡once pesetas!

Comprendí que aquellos malos amigos me habían gastado una

broma de ilusionarme con un viaje y hasta de hacerme madrugar—cosa la más difícil en mí—; pero como son muy simpáticos y yo les quiero mucho, se lo perdono de buen grado.

Total: que me volví a mi casa, cariacontecida; pero sin perder mi anhelo de conocer París. Y en una papelería de la Puerta del Sol me compré aquella mañana misma un álbum-guía de París. Y con paciencia y buena voluntad yo fui descifrando a mi modo el complejo espíritu de esa gran urbe.

Al llegar Octubre se leyeron en Apolo «Las alondras», y Jacinto Guerrero me llevó a mi cuarto de papel que se me había repartido diciéndome:

—¡Qué suerte, Selica! Te han repartido un papel que te va como anillo al dedo.

—Pues, ¿cómo es?

—Una ingenua. ¡Una ingenua en París!

Una ingenua—volví a decirme yo *in mentis*—. ¡Una ingenua en París! Claro que las ingenuas de París serán igual que las que habitan en el distrito de Buenavista, de Madrid. Porque todas las ingenuas somos iguales...

Total: que me puse a estudiar con toda mi alma el papel de la muchachita enamorada, que es buena, juiciosa, honesta, trabajadora, crédula, gusta de los galanes guapos y muy hombres y no tiene sueño de dinero.

Ahora dicen los periódicos que yo he estado magnífica.

Pues juro por mis vivos y por mis muertos que es el papel que menos me ha costado estudiar.

¿Y me preguntan ustedes cómo lo he cantado?

Yo me hice en Valencia, de donde soy. Las dos grandes vanidades mías son esas: haber nacido en Valencia y haber estudiado mi arte en Valencia.

Tampoco he encontrado escollos en la admirable partitura de Guerrero, que me va magníficamente.

¿Y la caracterización?

¡Pero si yo soy una ingenua! Quiero decir que me bastó darme un poco de color en los labios. Lo demás, tal como soy, como vivo y como me manifiesto en el trato con las gentes.

Quiero decir al admirable maestro Ferrer y que lo digan mis buenos amigos Fernández Shaw y Romero. A ellos mismos les pedí que me relevaran de vestir el ropaje de la sastrería del teatro, porque en esta otra me gustaría llevar la misma ropa que yo uso.

¡Me encontraba tan a gusto dentro del papel que no quería forzarlo con ningún retoque!

También me han dicho que en este punto he sabido acertar de la misma manera.

¡Qué alegría tan grande!

SELICA PEREZ CARPIO

HERALDO DE MADRID - 19-XI-927

SECCION DE RUMORES

SE DICE:

Que el tenor Godayol tiene todas las noches un triunfo en las sucesivas representaciones de «Las alondras».

—Que ya canta la romanza sin miedos ni cortapisas de ningún género.

—Que las «cortapisas» (en la Redacción le llamamos así a las tijeras) se las han metido los autores a la obra, cortándole dos escenas.

—Que estas dos escenas duran en conjunto media hora.

—Que, por lo tanto, «Las alondras» han quedado muy aligeradas.

—Que ya pueden volar como «gavilanes».

—Que se les ha quitado un peso de encima.

"ABC" 20-XI-927

Informaciones y Noticias
Teatrales

En Madrid

«Las alondras» en su segunda representación

Las obras teatrales tienen distintos y muy variados aspectos, según el público ante quien se representen. ¡Cuántas veces una obra recibida con frialdad en la noche del estreno por ese público característico y único que va a los estrenos, obtiene al día siguiente un éxito de clamor y vive, meses y meses, una vida próspera y triunfal en los carteles! Los ejemplos no son ahora pertinentes, porque queremos hablar de la segunda representación de «Las alondras», y la comedieta de los Sres. Romero, Fernández Shaw y Guerrero alcanzó, en su estreno, un éxito que nadie puede negar. No se trata, pues, de una obra que naufragara en la noche de su alumbramiento, sino de todo lo contrario. Pero el triunfo del estreno ha sido superado en las sucesivas representaciones, y a eso queremos referirnos.

La impresión del público que asiste a un ensayo no es nunca igual a la del público que acude al estreno, ni la de este último tiene nada de semejante con la de los espectadores que van a la segunda representación. Muchas circunstancias imponderables justifican esta diversidad de impresiones, y no es la menos digna de tenerse en cuenta la calidad del público que va a la segunda representación, el cual está libre de toda clase de prejuicios y apasionamientos.

Queremos aprovechar el éxito clamoroso que «Las alondras» han obtenido en las funciones subsiguientes al estreno, para poner nuevamente de relieve sus bellezas. Los señores Fernández Shaw y Romero han escrito una comedieta digna de su limpia historia literaria: la amenidad, la gracia y el lirismo de un argumento delicado y original van aderezados con recursos escénicos de la más bella y sorprendente frivolidad y con chistes y situaciones cómicas que provocan inevitablemente la risa del espectador.

Y en cuanto a la partitura, pocas veces ha sido tan unánime el triunfo de este ilustre maestro Guerrero, cuya Musa popular adquiere en «Las alondras» nuevos matices exquisitos, y emplea como vehículo una instrumentación sencilla, agradable y graciosa. «Las alondras» es quizá la obra de Guerrero donde se aprecia mayor suma de inspiradas melodías. El gran compositor, que está afeitado al éxito, que ha ganado, por su propio esfuerzo—el estudio, el trabajo, la constancia y la inspiración—, una posición tan elevada en la música española, se revela en «Las alondras» con nuevos alardes de su gran técnica y popularidad.

Si se añaden al triunfo de Guerrero y de los Sres. Fernández Shaw y Romero las excelencias de la interpretación, se comprenderá fácilmente la acogida entusiasta dispensada a «Las alondras». La Empresa de Apolo se ha distinguido siempre por la fastuosidad con que atiende a las necesidades de una moderna escenografía. Emilio Ferrer, el admirable dibujante, ha puesto al servicio de «Las alondras» todo su arte nuevo y brillantísimo.

Actrices como Selica Pérez Carpio, la gran tiple de Apolo; Blanca Suárez y Carmen Andrés, y la bellísima bailarina «La Yankee», y actores como Jesús Navarro, Lino Rodríguez, Paco Gallego y el tenor Sr. Godayol, dan a «Las alondras» una in-

terpretación ligera, variada, chispeante y amenísima. «Las alondras» tienen todas las cualidades precisas para el triunfo. Su argumento es de opereta, y su desarrollo de zarzuela y de revista moderna, con tal profusión de escenas y motivos, que captan la admiración y el entusiasmo de los espectadores.

Después de la excepcional carrera que ha hecho «El sobre verde» en los carteles de Apolo, «Las alondras» llegan con tales bríos, que hacen pensar en una superación. La Empresa de Apolo está de enhorabuena.



CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW



MADRID. EN EL TEATRO DE APOLO

LOS PRINCIPALES INTERPRETES DE "LAS ALONDRA" EN VARIAS ESCENAS DE LA CELEBRADA OBRA DEL MAESTRO GUERRERO Y DE LOS LIBRETISTAS ROMERO Y FERNANDEZ SHAW. (FOTOS WALKEN)

EL TEATRO

INFORMACIONES Y ESTRENOS

Actualidades Teatrales

POR SANTORELLO

Las alondras.—Una nueva obra de Jacinto Guerrero suscita siempre la expectación del público aficionado al género frívolo y tripartito de zarzuela, revista y opereta, que hoy substituye a la vieja y castiza zarzuela española. Los éxitos continuos que el joven maestro ha logrado en la última temporada con obras tan populares como *El huésped del Sevillano* y *El sobre verde*, abonan aquella expectación y justifican la curiosidad del público. Esta vez, el estreno de *Las alondras* no ha defraudado ni la expectación ni la admiración de los espectadores de Apolo. El triunfo indiscutible obtenido en la noche del estreno fué superado en las subsiguientes representaciones, a tal punto que no es aventurado presumir para *Las alondras* una carrera dilatada y feliz en los carteles del teatro de Apolo. Hasta ahora se cuentan por llenos sus representaciones, y en todas se aplaude con entusiasmo los aires populares, sencillos y graciosos del joven compositor toledano.

El libro de *Las alondras* es de D. Federico Romero y D. Guillermo Fernández Shaw,

escritores de bien ganada reputación. Esta vez han buscado el tema en París, en el Barrio Latino, en un ambiente alegre, despreocupado y juvenil. Estudiantes, modistillas, arbitristas, bohemios, gente de buen humor y de un sentimentalismo fácil y jovial. El argumento de *Las alondras*, si no es totalmente nuevo, agrupa motivos de notoria originalidad y de legítima gracia.

Jacinto Guerrero ha seguido fielmente la pauta trazada por los Sres. Romero y Fernández Shaw. Su partitura, que es muy copiosa, refleja toda la alegría, optimismo y juventud que emana el libro de *Las alondras*. Imprimiéndoles un ritmo moderno y popular, Guerrero trata los motivos líricos de *Las alondras* con melodías inspiradas y graciosas, que no tardarán en conquistar al público de la calle. Casi todos los números de la comedieta fueron recibidos con ovaciones y repetidos entre el agrado de todo el público. El maestro Guerrero, que es un formidable hombre de teatro, no se contenta con hacer música retozona y agradable a todos los oídos, sino que sabe realzar su va-



"LAS ALONDRA", COMEDIETA DE LOS SRES. FERNÁNDEZ SHAW Y ROMERO, CON MÚSICA DEL MAESTRO GUERRERO, ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE APOLO. (FOTO ZEGRI)

lor con trucos sorprendentes y originales. Al éxito rotundo de *Las alondras* contribuyeron en gran medida los artistas de Apolo, y especialmente Selica Pérez Carpio, la admirable tiple; Blanquita Suárez, siempre graciosa y joven; Carmen Suárez y la gentil bailarina Reyes Castizo, *La Yankee*; y los Sres. Navarro, Gallego, Lino Rodríguez y el tenor Godayol.

Hay que añadir que la Empresa de Apolo ha servido con fastuosidad todas las necesidades de la escena. El pintor Emilio Ferrer se encargó de la parte artística, y los empresarios de Apolo pusieron a su servicio cuanto era menester para dar al público una impresión de lujo y de buen gusto.

En *Las alondras* tiene Apolo un nuevo filón, que seguramente superará a *El sobre verde*, que ha sido, hasta ahora, la obra que mayor número de representaciones ha dado en aquel teatro. El maestro Guerrero ha operado el milagro de atraer, como en los

tiempos de esplendor del género chico, al público de Apolo.

"LAS ALONDRA" EN PROVINCIAS

EN SANTANDER

"EL CANTÁBRICO" 1-XII-927

"LA VOZ DE

CANTABRIA"

1-XII-927

Teatros y Salones.

Teatro Pereda.

EL ENSAYO GENERAL DE "LAS ALONDRA"

En el correo de Madrid llegaron ayer el señor Fernández Shaw, autor, con Romero, de la letra de "Las alondras", y el ilustre compositor, as del trimestre, Jacinto Guerrero.

Como el montaje de la zarzuela que va a estrenarse esta noche es laborioso, y el vestuario y decoraciones llegaron con algún retraso, para que hubiera tiempo de resolver todas las dificultades propias de la postura en escena de una obra nueva y de tanto aparato, se hizo anoche un largo y minucioso ensayo, razón por la cual hubo de suspenderse la función de la noche.

De este modo se llegó al ensayo general, con un dominio completo de la obra.

No se dará, pues, el caso de las precipitaciones y las improvisaciones tan frecuentes, y ello va en ventaja para el público.

El maestro Guerrero y sus colaboradores se han preocupado de los ensayos con tanto interés como si se tratara del estreno en Madrid, demostrando las consideraciones que guardan a nuestro público y de que ya habían dado pruebas al abandonar los trabajos y los ensayos en la capital de la nación, pues los afamados libretistas y el popularísimo compositor están en plena fiebre de producción y de éxito.

Con motivo del estreno de "Las alondras" se encuentran en Santander los autores de la letra Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, autores también de la letra de "El caserío", que se pondrá por la tarde.

Con ellos ha llegado el maestro Guerrero, el músico de los éxitos y de las liquidaciones, que hoy dirigirá la orquesta por la noche.

Anoche hubo dirigido por los autores del libro y música ensayo general con todo, al que asistimos atentamente invitados.

No hemos de adelantar nuestro modesto juicio acerca de la obra. El público, juez inapelable, actuará hoy y ya es sabido que no se puede hablar de los asuntos "sub-judice". Está hecha a base de gran vistosidad (19.000 pesetas de vestuario y no sabemos cuántas de decorado). La compañía la presenta muy bien. Y nada más. En esto lo ha de decir el público.

A. E.

EL DIA

El estreno de "Las alondras" en el Pereda renovará estos días el ambiente de quietud y melancolía provinciana con una ráfaga del romanticismo estudiantil de los grandes centros universitarios europeos.

Mucho se ha escrito sobre la bulliosa algarabía de Heidelberg, la simpática bohemia "sans génie" del barrio latino; los cómicos torneos con huevos podridos y bolas de harina, de Oxford, y las carnavaladas de Cambridge, y aquí, en nuestra patria, a un lado las agudezas de los sopistas salmantinos, que narraron con desenvoltura y gracejo los escritores del siglo de oro, mucho se han divertido y emocionado los lectores y los espectadores con las ingeniosas invenciones de los simpáticos y enamoradizos estudiantes compostelanos, cuya alborozada juventud iluminaba con torrentes de luz el fondo austero de la gloriosa Santiago medioeval en el maravilloso cuadro que compuso Pérez Lugín al dar a la novela y a la película "La casa de la Troya".

Pero el tema es eterno e inagotable y aun servirá para que luzcan su talento muchos artistas futuros.

Bueno es que sueñen con la alegre estudiantina nuestras lindas adolescentes, y que los muchachos que cursan en el Instituto piensen con íntima satisfacción en un mañana universitario más libre de la tutela paterna, en el que puedan emular a sus colegas alemanes, parisienses e ingleses y a los que los han precedido en las aulas de Santiago y de Madrid y de Salamanca.

En cuanto a los padres de los alumnos, que ya tienen que dejar a un lado las ilusiones y atenerse al lado práctico de la vida, no estaría mal que, en estos momentos en que la vida estudiantil adquiere actualidad, se acercaran con algo más que con el pensamiento a los centros de enseñanza frecuentados por sus hijos, y, poniéndose al habla con los profesores, bebieran en fuente directa las referencias claras, precisas e imparciales acerca del comportamiento de los chicos.

Porque la tutela, en punto a una cosa tan decisiva para el porvenir de los hijos como el aprovechamiento de los estudios, está tan descuidada, por regla general, que durante el curso raros son los padres enterados a ciencia cierta de si los muchachos estudian o no, y si quiera si van a clase.

Cuando los deberes profesionales nos llevaron al Instituto, la Normal y las Escuelas de Comercio y de Industrias, la unanimidad en la queja del profesorado por ese incomprensible desinterés paterno era absoluta.

¿Por qué no aconsejan ustedes a los padres—nos decían los profesores—que vengan a preguntarnos con frecuencia cómo van sus hijos?

Nosotros—añadían—no sólo lo deseamos, sino que lo agradecemos mucho.

Aprovechamos esta primera oportunidad para cumplir el ofrecimiento que hicimos entonces.

Y perdonen los jóvenes escolares que no demos esta vez la nota lírica, como es costumbre cuando se trata de ellos. Parodiando el conocido aforismo, digamos: quien bien te quiere, te hará estudiar.

NOTAS TEATRALES

Estreno de "Las alondras" y beneficio de Amparo Saus

Obras son amores... Anoche había torrencialmente y al teatro Pereda muchas veces vacío, estaba casi lleno; regían precios de acontecimiento, y el público formaba cola en taquilla. Obras son amores. Claro que obras teatrales y amores han de ser felices para triunfar, que no están los tiempos para graves preocupaciones.

El público de Santander estuvo en un todo conforme con el público madrileño, que aplaudió con entusiasmo "Las alondras" la noche del estreno, y sigue acudiendo a las representaciones de la obra, según cuentan los diarios de la villa y corte.

Anoche "Las alondras" fue cantada dos veces, porque todos los números se repitieron. En realidad, y aunque la obra no tiene más que dos actos, los autores debieron cobrar cuatro. Brindamos la idea a los señores Guerrero, Romero y Fernández Shaw.

"Las alondras" tiene algo de opereta y mucho de revista.

Desde el primer número el público entró en la obra y todo fue como una seda. Se aplaudieron números de música; se hizo salir a los actores en los ruidos. Al final del primer acto salieron a escena los autores de letra y música. Como el público seguía aplaudiendo vararon, de no sabemos donde, a un hombre menudito, que resultó ser el autor, y se le aplaudió por su eficaz colaboración. No salie-

ron a escena los señores padres de las segundas trójes, porque no hay justicia en el mundo o porque no estaban en el teatro.

En el segundo acto se repitieron los aplausos y llamados a escena.

Hagámonos constar que el número del "temblorito", el de mayor éxito en Madrid, no fue el que más se aplaudió.

La beneficiada Amparo Saus, estuvo deliciosa, elegantísima, graciosa y movida como siempre demostrando que, como artista, tiene tratamiento de excelencia.

Segura y París rivalizaron en gracia.

Amparo Alarcón y Vendrell, muy bien.

La presentación magnífica.

A. E.



EL ESTRENO DE ANOCHE EN PEREDA.—A ambos lados, los autores del libreto de "Las alondras", señores Romero y Fernández Shaw; en el centro, el hombre del día en el mundo teatral, el popular maestro Guerrero, autor de la música.—Una interesante escena de la obra. — (Fotos ALEJANDRO).

TEATRO DE PEREDA

Estreno de "Las Alondras"

Libreto de Fernández Shavv y Romero. Música de Jacinto Guerrero.

Sería demasiado, "Plato amicus", que habláramos de triunfo al hablar de esta comedieta ribeteada con adornos revisteriles y salpicada con escenas de sainete. Sería demasiado si dijéramos que el referéndum del respetable—¡Señor, y cómo estaban anoche los morenos!—fué, aún en medio de los caracteres de apoteosis que adquirió en algunos momentos, rotundamente favorable para los autores de "Las Alondras" (ojo, y no confundirse, "Las alondras", no precisamente "Las golondrinas").

Porque si un público "se entrega" a las primeras de cambio aplaudiendo sin reservas, animado por el calor de sus primeras palmadas, ya no hay freno que le sujete y los lunares le parecerán levisimas sombras que para nada obscurecen la belleza hipotética que está admirando. Efecto de la sugestión, acaso la práctica de aquello de "a mal tiempo..."

El público es venal. He aquí comprendido el misterio que, en sus años de profesor en el Apolo, el actual triunfante y potentado maestro Guerrero, supo advertir en sus más íntimas reconditeces: para él, el público no tenía secretos en adelante. Este es el punto de referencia de todos los domadores del éxito.

Sería pueril, a estas alturas, hablar de decadentismo, cuando va en la psiquis misma de las masas esta propensión, efecto indudable de los manjares exóticos, de riqueza superficial, que se le ha hecho digerir.

El maestro Guerrero, igual que con su batuta domina a la orquesta en los compases locos de sus partituras, subyuga al público ingenuo que se entrega a aquellas acrobacias creyendo de buena fe en el mérito extraordinario de las mismas. Con eso, y un poco de "el-que..."

No recordamos en qué revista frívola, un personaje habla a otro del modo de confeccionar una de estas obritas al uso; y dice así: Se necesita un empresario que se arriesgue; un plantel de chicas guapas; unas varas, muy pocas, de tela; varias decoraciones de efecto; "foco" a todo pasto... y lo demás lo pone el público. ¿Arte? ¿Para qué? Eso era antiguamente; ya no se estila "eso".

El libreto que han escrito los aplaudidísimos colaboradores señores Fernández Shavv y Romero, no es original; pero han sabido sacar todo el partido posible de las reeditadas estampas parisinas, de la "Mi-Careme", y de los centros donde se rinde culto a la frivolidad.

No está exento de alguna belleza y de gracia espontánea, entremezclada con escenas ligeramente en-

tonadas de sentimentalismo. Pero su idea capital ha sido entregarse de pies y manos al compositor... y el acaparador de las semifusas ha realizado lo suyo.

Ambiente de alegría y de luz y de bohemia estudiantil. Una tromba de inarticulados sentimientos que se exponen sin temor, porque la habilidad de los libretistas alejan toda indiscreción técnica.

El maestro Guerrero ha compuesto una musicuilla frívola que salta sin dejar la más leve huella, por su misma inconsistencia, por su banalidad é ingravidez. Pegadiza, algunos números serán dentro de poco nuevas "particellas" que enriquecerán el repertorio de todas las ilustres fregonas y de las reinas de la aguja.

Haremos especial mención del dúo del cuadro primero del segundo acto entre el príncipe y Mimí, donde el maestro ha sentido la punzada de la inspiración. Es la única nota elegante de toda la partitura. Y precisamente, la única que el público que acudió al estreno no premió con el aplauso.

También ha escrito varios números fáciles, como el "black-bottom" del plátano, el duetto cómico del primer acto entre Moisés y Colette, y el de los guardias parisienses... Sin embargo, el público, que quier música se satisfizo hasta la saciedad, pidiendo la repetición de todos.

La Empresa no ha reparado en gastos y ha volcado en la obra estrenada sus reservas metálicas, montándola a todo lujo. La sastrería ha llevado la parte principal, y, exceptuando los levisimos vestidos de las segundas tiples, que podrían ser más discretos, los demás personajes van vestidos con mucha propiedad.

El tenor Vendrill escuchó aplausos en la romanza-tango "¡Adiós París!", lo mismo que Amparito Alarcón, deliciosa Mimí, en el dúo del segundo acto, cantado con arte y apasionamiento.

Segura, muy bien en su papel de Chambelán, obteniendo los honores del saludo de un mutis ante el requerimiento popular. Valleriano Ruiz también acaparó los aplausos con Amparo Saus...

Los demás, bien.

J. SIMON CABARGA

Teatros y Salones.

Teatro Pereda.

BENEFICIO DE AMPARO SAUS.
ESTRENO DE "LAS ALONDRAS"

Amparo Saus, la hermosa y graciosísima tiple cómica, cuyo talento se ha puesto de relieve en todos los personajes que ha interpretado; algunos de los cuales han sido creaciones inimitables, celebró ayer sus funciones de beneficio.

En la sección de tarde se puso en escena "El Caserío", obra en que la beneficiada obtiene gran lucimiento y en la que destacan también todos los demás intérpretes.

Se la aplaudió con entusiasmo, y fué llamada a escena en todos los mutis y en los finales de acto.

Amparo Saus recibió bouquets de claveles, canastillas de flores y valiosos regalos.

En la sección de la noche se estrenó la zarzuela de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero, "Las alondras".

El popularísimo compositor dirigió la orquesta.

Repetidos todos los números musicales del primer acto y buena parte de los del segundo, la representación terminó a una hora bastante avanzada, lo que nos obliga a expresar de la manera más sintética, dado el apremio de tiempo, nuestras impresiones de la obra.

Ocasiones habrá de ampliarlas, pues el éxito obtenido por la zarzuela ha sido tan resonante que se ha de representar bastantes veces, y discutida o no la partitura del autor de "La montería", no hay duda que ha de alcanzar una popularidad enorme y que el público ha de saberse de memoria muy pronto todos los números.

Libretistas de fama y de mérito indiscutible, como lo han demostrado en "Doña Francisquita" y en otras obras de éxito, Romero y Fernández Shaw han hecho algo más que procurar si-

tuaciones musicales al compositor: han impreso su personalidad en la obra y han marcado una orientación, con arreglo a sus ideas, acerca del teatro.

Toda innovación encuentra resistencia, y no puede ocultarse que el libro de "Las alondras" checa con las opiniones corrientes y forzosamente ha de dar ocasión a un titubeo en los espectadores. Hay que tener presente que Romero y Fernández Shaw se han atrevido nada menos que a destruir los encasillados, lo que es un verdadero intento revolucionario en España, país donde las opiniones hechas y las ideas simplistas son las que mejor y más pronto se extienden.

"Las alondras" no es ni zarzuela, ni opereta, ni revista, sino una amalgama, a nuestro juicio acertadísima, de estas tres modalidades.

En la selección de lo mejor de cada uno de esos géneros ha presidido, esto salta a la vista, una gran honradez artística y la mayor pureza de intenciones.



Este eclecticismo es discutible, pero para discutirla hay que colocarse en el plano de la realidad. Estamos en una fase aguda de crisis teatral. La influencia del cine ha hecho que se exija visualidad al teatro y el género lírico tiene que abandonar el faste de los viejos cánones de la comedia si quiere ganar el terreno perdido.

La revista tiende a buscar esa visualidad, y a ella lo fía todo. Pero el público quiere acción y asunto, que en el género frívolo no existe.

Los autores de revista caen en el defecto de emplear el desnudo, rebajando el espíritu artístico de la visualidad y de la belleza en los trajes y hasta en las escenas y los chistes, que son rijosos y casi obscenos con excesiva frecuencia.

La música se salva de este bajo sensualismo; pero ocurre que hay grandes éxitos musicales que no pueden presentarse a todos los públicos por lo escabroso del argumento.

A salvar estos inconvenientes han venido Romero y Fernández Shaw con "Las Alondras". Sólo ese propósito merece un aplauso sincero.

Tiene la obra como punto de partida una comedia sentimental, como trayectoria una revista y como desenlace una opereta. La fábula es sencilla e ingenua, y estas características las tiene de propósito y no por incompetencia ni falta de habilidad.

El libro gustó, y seguramente obtendrá todos los pronunciamientos favorables en el fallo de los que verdaderamente amen el teatro.

En la partitura no hay disparidad de criterio. El público, que llenaba totalmente el teatro, votó unánimemente en favor del afortunadísimo maestro Guerrero.

El ha sido el primer convencido por los libretistas y se ha compenetrado a maravilla con el criterio de aquéllos.

En "Las alondras" hay romanzas como la hermosa canción a París y los dúos de ténor y tiple del primero y segundo actos, de un sentimentalismo que es el fondo de la comedia, valse de clásica factura de opereta, marchas y cuplés (delicioso e inspiradísimo el de la guillotina) de pura esencia zarzuelera, y muchos números a base de shimmys, foxes, charlestons, black bottons, etc., que pueden encajar en una revista, en una opereta o en una zarzuela, sin que parezcan intrusos.

Guerrero ha conservado puro su estilo peculiarísimo popular, populista o populachero, como se quiera que sea, pero de efecto teatral irresistible con sus melodías fáciles, de línea sencilla y pegadizas, ha logrado hermosos efectos orquestales y ha apuntado aspectos de gran originalidad en la música colorista, imitativa y francamente cómica, que son para la revelación de una personalidad.

La imitación del aeroplano, en un número muy gracioso, es un acierto; y lo es insuperablemente el "Tembloribús", en que los instrumentos dan, efectivamente, la sensación del temblor del miedo.

Aquí, donde se desconoce por completo la ópera cómica, Guerrero puede pasar por uno de los más afortunados cultivadores de este género.

La presentación escénica es de una fastuosidad y de una propiedad a que no estamos acostumbrados en provincias.

Bien mereció el sastre don Antonio López, de la firma Paquita, de Barcelona, la llamada a escena, con los autores de la obra, en el primer acto.

Caballé y Vendrell, que han hecho un derroche, merecen un aplauso fervoroso.

Para la interpretación, todo elogio es poco. La compañía Caballé-Vendrell ha ganado la más brillante batalla que podría esperar. También la ganará después que termine su actuación—y ya me lo dirán ustedes—; pero esta de que el conjunto haya resultado magnífico y sorprendente para los propios autores, y que no haya habido un solo lunar en la interpretación, justa y acabada, ha dado la medida del mérito de esta agrupación artística.

Amparo Saus, espléndida de belleza; Amparo Alarcón, con un dominio perfecto en su partitura; Amparo Wieden, entonadísima; Mercedes Garofa, linda y

acertadísima en su breve intervención destacada; Vendrell, admirable de facultades en toda la obra, que tiene muchas dificultades para el ténor; insuperablemente gracioso, Pedro Segura, que ha hecho una creación, y Valeriano Ruis París; muy entonado. Barajas; muy bien en sus evoluciones las lindas segundas tiples, y ajustados los coros. Todos merecen las ovaciones que se les prodigaron anoche.

J. V.

"A.B.C." 2-XII-927

Santander 1. 9 noche. Para asistir al estreno de la zarzuela "Las alondras", que verificará esta noche la compañía Caballé-Vendrell, llegaron el maestro Guerrero y los autores del libro, Sres. Romero y Fernández Shaw.

El teatro está vendido por completo.

Esta tarde celebró su función de beneficio Amparo Saus, logrando un gran éxito.

"La voz" 2-XII-927

"LAS ALONDRAS", EN SANTANDER

En el teatro Pereda, de Santander, se ha estrenado por la compañía Caballé-Vendrell la zarzuela de Romero, Fernández Shaw y Guerrero Las alondras, con éxito entusiástico. Se repitieron ocho números, destacándose en la interpretación Amparo Saus, Vendrell y la señorita Alarcón.

"La Libertad" 4-XII-927.

Dos estrenos

En Santander se ha estrenado "Las alondras". Un periódico dice:

"Las alondras" se han escrito en sus dos modalidades, música y letra, con vistas a captar una clase de público que no comulga con las tendencias del género frívolo, tan en boga en estos días.

El estreno parecía un recuento de fuerzas para la lucha. Pocas veces hemos visto el teatro más completo y mejor servido de damas, muy guapas por cierto.

Ese espectáculo que se dice para señoras, sin muchas complicaciones ni ningún atrevimiento.

Se repitieron todos los números, alguno tres veces, y Vendrell consiguió uno de los éxitos más grandes y más sinceros. Le va muy bien el papel de estudiante.

= EN BILBAO. =

"El liberal" 10-XII-927

TEATROS

ARRIAGA.—«Las alondras»

Aunque los autores Fernández Saw y Romero califican como zarzuela a esta obra, no pasa de ser una opereta moderna, es decir, con números de revista, si bien el diálogo no tiene el ingenio, el humor que generalmente suelen tener las operetas extranjeras, ni el maestro Guerrero es tampoco un Lehár un Strauss, ni cosa que se le parezca. Pero, así y todo, es una opereta por el argumento frívolo del libro y por los elementos que integran la obra. La acción transcurre entre estudiantes del barrio Latino, de París, y el protagonista es el eterno príncipe oriental, que vive de incógnito en la capital y hace vida de estudiante, lo que quiere decir que se enamora de una modistilla, la cual, para mayor contraste, es nombrada reina de la «Mi Carémen». Este príncipe resulta una especie de Carol del Paralelo.

Los números de revista que relleñan la obra son lo mejor de ella, porque dan lugar al desfile de un buen surtido de señoritas jóvenes, guapas y muy bien poco vestidas, capitaneadas por la gentil y bellísima Amparo Saus, que fué la verdadera reina de la fiesta.

En cuanto a la música de Guerrero ya sabe el lector cómo es: bombo, platillos y algunos toques de corneta, para que las señoritas del conjunto marquen el paso; la menor cantidad posible de música. También tiene otros numeritos, con pretensiones de romanza, pero al prescindir en ellos del bombo, los platillos y las cornetas desmerecen mucho.

Emilio Vendrell, con Amparo Alarcón, fué el encargado de cantar la parte «seria», y lo hizo con el buen arte que le caracteriza.

En resumen, la obra entretuvo a la concurrencia.—L.

"El Nervión"

10-XII-927

DE TEATROS

EN ARRIAGA

De zarzuela, titulan sus autores, Federico Romero, Guillermo Fernández Shaw y el maestro Guerrero, «Las alondras», obra estrenada anoche en Arriaga, por la Compañía de Caballé-Vendrell.

Ciertamente, ha sido un capricho de libretistas y músico el haberla calificado con el nombre de zarzuela, lo que no es más que una de tantas operetas, o revistas, de muy mediano valor artístico.

El libro, sobre no tener nada de original, carece de nueva modalidad y le falta la alegría jugosa y frívola de las operetas, haciéndose pesado y sin despertar el menor interés al espectador.

El maestro Guerrero ha compuesto una música endeble, carente de melodía, basada casi toda ella en marchas vulgares y de muy escasa originalidad, pues nos recuerdan partituras de obras del popular compositor.

Lo único digno de mención es un dúo de grata melodía, y una romanza de tenor, del segundo, lo demás, no está a la altura del valor y méritos del señor Guerrero.

De la interpretación y presentación de la obra no podemos dejar de consignar que fueron espléndidas.

Amparo Alarcón cantó con gusto y la gentil Amparo Saus nos demostró una vez más, ser una excelentísima tiple cómica. Vendrell, haciendo gala de sus habilidades de buen gusto de cantante, y Segura y Ruiz Parra, luciendo su vis cómica, bien celebrada por el público.

Lo mejor de todo, repetimos, fué la presentación, pues tanto en decorado como en trajes hacen un verdadero alarde de buen gusto, acaso por esto sólo valga la pena de presenciar «Las Alondras».

El público, soberano juez, guardó silencio al terminar la obra.

DICK.

EN SAN SEBASTIAN

"El Pueblo Vasco" 15 Enero 1928

En el Victoria Eugenia

«Las alondras», comedia lírica en dos actos y varios cuadros, original de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.

Como comedia, no obstante sus matices de tal bastante acertados, podría hacerse a «Las alondras» más de un reparo, más como revista, sobre todo en su segunda mitad, encontramos que está bien. Su variedad de cuadros, la riqueza de los mismos, el tono y ambiente que los distingue respondiendo al lugar de la acción, París; todo lo cual, por la intuición de modernidad que encierra, lograda por lo que hace al libro en particular, en algunos cuadros bien merece esta revista la acogida que nuestro público le dispensó, aplaudiéndola y haciendo repetir más de un número, casi todos los de carácter cómico.

Claro es que, en esta consideración y elogio, forzosamente tenemos que incluir la presentación, que es suntuosa y de gran efecto, como el Boulevard de Saint Michel con la perspectiva del Pantheon.

A esta riqueza de presentación no estamos muy acostumbrados. Por sí sola se bastaría para hacer triunfar la obra; que, como queda dicho, encierra sus méritos, demostrando ante todo, sus autores que conocen París en su aspecto pintoresco de príncipes y bohemia.

Y esta cualidad, cuando es tan frecuente que nuestros autores vean el extranjero a través de la Puerta del Sol, algo vale y significa.

No podemos decir otro tanto de la música. En general se deja oír con agrado, tiene un dúo de tiple y tenor que se destaca del resto de la partitura, dulzona, un tanto impresional, no obstante su pegadiza en extremo y sin color definido iniciándose en ella casi todos los del «Arco Iris». Todo lo cual, no fué obstáculo para que el público la aplaudiera.

Amparo Alarcón, lució su flexible y bella voz. Amparo puso su gracia y distinción.

Vendrell, siempre admirable, fué objeto de constantes ovaciones, París, muy bien; y Pedró Segura, dueño y señor de la situación escénica, entusiasmó a todos siendo aplaudido con calor en un mutis del primer acto. El conjunto intachable, y la orquesta a la altura del mismo. — L. A.

"La voz de Guipúzcoa" 15 Enero 1928.

Escenarios donostiarras

En el Victoria Eugenia

ESTRENO DE «LAS ALONDRAS»

Tales y cuales cosas leímos en la Prensa de Madrid; tales y cuales cosas hemos oído a personas muy serias que vieron «Las Alondras», de Guerrero (hay otras alondras también), que ayer hubimos de realizar un poderoso esfuerzo para despojarnos de todo prejuicio que tarase nuestra opinión sobre lo que habíamos de ver y oír, sobre todo oír... Y decimos sobre todo oír, porque si algo bueno tiene la obra estrenada anoche en el Victoria Eugenia, es lo de ver.

«Las Alondras», teatralmente, constituyen una comedieta, como dicen los autores, y una especie de revista, como dice el espectador, cualquiera que sea su categoría. ¿Asunto? «El Conde de Luxemburgo» modificado, o cualquiera de esas operetas «avan-guerre» condimentada para servirla «post-guerra». Un príncipe que puede ser shah, que puede ser bey o que puede ser bajá, para quedar, al fin y a la postre, en que no es nada. Pero el libreto es entretenido, está bien para pasar el rato... ¿Cómo? ¿Que esto lo decimos siempre? ¡Naturalmente! A todos los autores se les ha ocurrido hacer cosas para pasar el rato, y como el público, que es el que manda, se queda tan

conforme y paga, no hay más remedio que registrar el hecho de que todo cuanto se representa sirve para pasar el rato. ¿A qué trinar y lanzar diatribas—nunca con la propiedad que se merecen—si el público se conforma con todo?... Por más que el público...

El público reacciona; es la ley de las masas. La misma masa que recibió en triunfo a Cristo fué la que obligó a crucificarle; la misma que siguió a Robespierre fué la que aplaudía su muerte. Y ocurrió lo mismo con Juana de Arco, para que no se nos tache de sectarios. Pues ese público que se desgañaba con el «¡Hay que ver!» es el que ha reaccionado ahora: anoche imponía el silencio cuando surgían los aplausos.

Decíamos que el público reacciona, y es verdad. Jacinto Guerrero, el fabricante de ruidos que quieren parecerse a la música—según definición de un músico de verdad y sin asomos de celos, porque no le hacen falta—, va perdiendo terreno.

Como resumen de nuestra opinión sobre «Las Alondras», copiamos la cuarteta (?) de la misma obra (primer acto, escena final):

«Magdalena, Magdalena
se ha desmayado de pena.
Magdalena, Magdalena,
ésta sí que ha sido buena»...

EN GIJÓN

"El inversa"

26 - Enero - 1928

"El comercio"

26 - Enero - 1928

TEATRO DINDURRA

"LAS ALONDRAS"

Esta comedieta lírica que ayer estrenó la notable Compañía de zarzuela de Martínez Penas, es sencillamente una revista con personajes de opereta.

El eterno príncipe de un país remoto y oriental, príncipe sin dinero y con ilusiones que se enamora de una costurera del Barrio Latino que se llama — cómo no? — "Mimi". Claro que el conflicto sentimental que se plantea y desarrolla en los primeros cuadros se resuelve satisfactoriamente, pudiendo, al fin, refugiarse la modistilla en los brazos del príncipe que enamorado de París olvida su trono... y destronamiento.

Y con este argumento el maestro Guerrero compone una porción de números musicales que, como es natural, llevan el sello característico de su modalidad. Música alegre, ligera y no exenta de cierta elegancia.

Fueron aplaudidos todos los números y bisados muchos de ellos: la romanza del primer acto cantada por el barítono señor Lloret, el duetto de la tiple y el tenor cómico, el coreable del primer cuadro y el número de los gendarmes, como asimismo el "black-bottoni" de la escena del cabaret.

La interpretación que la Compañía dió á la obra fué excelente. En primer lugar, la señorita Fabra, deliciosa "Mimi" llena de ingenuidad y romanticismo; el señor Lloret, que cantó con su gusto y elegancia peculiar; las señoras Soler y Galindo — las dos muy bien en sus respectivos papeles —; y el señor Cuevas que, como siempre, estuvo graciosísimo.

El maestro Guerrero dirigió la orquesta superiormente, escuchando muchos aplausos, que fueron nutridísimos al finalizar los actos, reclamándose su presencia en escena.

La presentación, irreprochable.

El público salió satisfecho del estreno de esta nueva obra del popular compositor.

LOS ESTRENOS EN EL DINDURRA

"LAS ALONDRAS"

Esta comedieta lírica del maestro Guerrero, dirigida por el propio autor, fué estrenada ayer en el coliseo de Begoña.

En el primer acto hubo un coro de estudiantes, que se repitió. Después una canción de barítono que también fué bisada.

El segundo acto en la escena de la "Micarema", tiene un desfile de soldados y tambores en combinación con un cuplé en el que se introdujo otro alusivo a cosas locales. El público pidió que se cantara hasta tres veces.

Otro de los cuadros del mismo acto, es una calle de París, con Notre Dame al fondo. Un número cómico de gendarmes, con su correspondiente comisario.

A renglón seguido, otro coro de guardias femeninos de la porra; pero una porra que después de varias figuras de las "meñgues", se enciende. También este coro le aplaudió la concurrencia, y por lo tanto se repitió.

El cuadro final representa un cabaret. Allí hay un tango llamado infernal, cantado y bailado, y apariciones de dazurinas para terminación de la obra.

El autor subió al escenario al final del primer acto y al acabarse la comedieta.

La interpretación estuvo acertada. Mimi, señorita Fabra, bien. Collete, señorita Soler, dió realce a su papel; Cuevas, célebre; Lloret, ajustado a su personaje estudiantil y principesco; León, correcto de general alemán; Morales, aceptable de comicidad. Los demás, ayudando eficazmente.

A las seis de la mañana de hoy, nuestros estimados amigos el popular compositor don Jacinto Guerrero y el serio y activo empresario de teatros señor Méndez Laserna, salieron en el automóvil de dicho último señor en dirección a Madrid.

Deseamos que tengan un felicísimo viaje, y les felicitamos por los éxitos que obtuvieron en Gijón.

"La Prensa" (Gijón)
26 - Enero 1928.

DE LA VIDA TEATRAL

EN EL DINDURRA

Estreno de «Las alondras»,
de Federico Romero, Guillermo Fernán-
dez Shaw y el maes-
tro Guerrero

Anoche la notable compañía de garzue-
las de Martínez Pasa nos dio a conocer
la comedia lírica en dos actos, el segun-
do dividido en tres cuadros, original de
Federico Romero y Guillermo Fernán-
dez Shaw, música del maestro Guerre-
ro, «Las alondras», asistiendo al estre-
no el autor de la partitura, que diri-
gió la orquesta, escuchando nuevas ova-
ciones por parte de la numerosa concu-
rrencia que acudió al teatro.

La obra, que obtuvo éxito, tiene su
acción en el barrio latino de París, en
un café bar, centro de estudiantes, «mi-
dinettes» y demás gente alegre, entre la
que vive de incógnito, enamorado cie-
gamente de «Mimi», la cajera del bar,
el príncipe Edhem, heredero del trono
de Koralia, a quien en los momentos en
que nos lo presentan Romero y Fernán-
dez Shaw va a buscar, para conducirlo
al trono, un representante de su país.
Mas hete aquí que el chambelán del
príncipe, seducido por la vida de diver-
sión de los estudiantes y «midinettes»,
se finge estudiante y enamora a la due-
ña del bar, una vieja ridícula que tie-
ne la pretensión de ser nombrada reina
de la «Mi Carême», transcurriendo así
los días. Durante ellos, un joven que
intentaba quitarse la vida, es tomado
por el príncipe y este acontecimiento ha-
ce que estalle la revolución en Koralia,
dejando así al príncipe verdadero de ser
el heredero del Trono para dedicarse pla-
namente al amor de su «Mimi».

Este es, en síntesis, el argumento de
«Las alondras», argumento que, avala-
do por la música inspirada de Guerre-
ro, hace que la obra obtenga un franco
éxito.

En el primer acto se destacan «la
marcha de los estudiantes», que se hizo
entre grandes aplausos; los dúos de
«la guillotina», que se harán pronto po-
pulares, y un hermoso dúo, que fue can-
tado de modo insuperable por la Fa-
bra y Lloret.

La interpretación excelente por parte
de todo el «elenco», tributando el públi-
co al final grandes aplausos a artistas
y al autor de la música.

"diario de Burgos" 29 Enero 1928

TEATROS

PRINCIPAL

Las Alondras

El maestro Guerrero es en música lo que Muñoz Seca en la comedia. Los críticos le zahieren; los músicos le odian; le dicen que está pervirtiendo el gusto, que está echando a perder la escena, pero cuando se anuncia una obra de Guerrero, como sucede con Muñoz Seca, el teatro se llena, la gente aplaude, las escenas se repiten y la taquilla se hincha.

Y si en alguna obra aparecen netas las características de la música de Guerrero, es en «Las Alondras», que anoche estrenó en el Principal la compañía Caballé-Vendrell.

A base de charlestons, coros, mujeres y decoraciones, resulta una obra ligerita, de las que entretienen y atraen, por su vistosidad, más que otra cosa.

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han escrito un libro apropiado, que bien puede servir para un vodeville o una opereta de las de «antiguo régimen».

La compañía viste muy bien la obra; cuida con esmero todos los detalles; presenta magníficas decoraciones, y Amparo Alarcón y el tenor Vendrell desarrollan sus hermosas facultades de buenos cantantes.

Amparo Sans, las segundas tiples y las chicas del coro lucen también sus perfecciones.

EN ZARAGOZA.

"El número" 28-1-928.

PARISIANA

"Las alondras"

Anoche conoció el público de Zaragoza esta producción de Jacinto Guerrero. «Las alondras» obtuvieron desde el primer momento una buena acogida y así continuaron hasta caer el telón definitivamente.

El libro de «Las alondras», de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, es en lo fundamental, en el argumento, bien intencionado y limpio. Es el caso, no nuevo, del príncipe estudiante, que en vida de bohemia con sus compañeros de Facultad, conoce a la mujer de humilde condición con la que por fin se une.

Si algunos momentos de ligereza tiene la obra, son aquellos en que los autores, haciendo un pequeño giro, han caído en la revista. Pequeñeces fáciles de quitar, sin que por eso padeciera lo más mínimo la contextura del libro.

El maestro Guerrero, en la partitura de «Las alondras», ha tenido el buen propósito que ha logrado en varios números de hacer música inspirada y de factura más seria que la que generalmente hace.

El público se dio cuenta en seguida de tal empeño y escuchó la música con atención, aplaudiendo y haciendo repetir no pocas páginas, entre ellas el coro de estudiantes, una canción de tenor, un dúo cómico y un coro del mismo género.

Al final de los dos actos se alzó el telón varias veces, y Federico Romero, autor del libro con Guillermo Fernández Shaw, tuvo que salir al palco escénico, lo mismo que Jacinto Guerrero, a recibir el homenaje de los aplausos.

En la interpretación, que fué muy ajustada, sobresalieron las señoritas Dorini y Hernández, la señora Cortés y los señores Aparicio, Ornat, Gómez y Arias.

Muy bien la orquesta, dirigida por el maestro Guerrero.

A. M.

"Heraldo de Aragón"
28-1-928

"La voz de Aragón"
28-1-928

PARISIANA

Estreno de "Las Alondras"

El barrio latino de París. Estudiantes, "midinettes", príncipes disfrazados y auténticos. Mimí, la sentimental Mimí, que no se deja asediar y quiere de verdad. Ambiente simpático. Una fábula amena, en que florece al lado de una escena sentimental, una divertida y grotesca. Situaciones musicales frecuentes, y la comedia que va creciendo y formándose, sin dejar de proporcionar momentos al músico y a los escenógrafos. Esto es el libro de "Las Alondras", escrito por autores tan expertos, ya tan famosos en el género como Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw.

El público entró de lleno en la obra desde las primeras escenas, y una vez dentro, el popular Jacinto Guerrero, autor de la partitura, le hizo saborear intensamente el ambiente, con melodías elegantes, pegadizas, de adecuado colorido para cada momento. La música de Guerrero recibió el homenaje del público en forma de ovaciones, y a partir del brioso himno estudiantil, hubieron de repetirse casi todos los números de la partitura, entre aplausos estruendosos.

Y al final de los dos actos Guerrero y uno de los autores del libro, Federico Romero, saludaron repetidamente al público, en compañía de los intérpretes, agradeciendo ovaciones.

La señorita Dorini, cantó muy bien su partecilla, y la señorita Anita Hernández, belleza fragante y graciosa actriz, fue en todo momento la voluble e inquieta Colette, capaz de revolucionar, no una grey estudiantil, sino un pueblo entero. La señora Cortés y los señores Gómez y Ornat, muy graciosos, como de costumbre. Bien el señor Arias como actor y director de escena. El tenor señor Aparicio, posee una voz brillante, que cada día juega mejor. Ayer hubo de repetir el adiós a París, que dijo y cantó bien.

Las bellas señoritas del conjunto y el bailarín señor Gimeno, contribuyeron al éxito de "Las Alondras", así como el vestuario y la presentación escénica, muy lujosos.

M. Alvarez.

PARISIANA

ESTRENO DE «LAS ALONDRAS»

Pues señor, esto era un príncipe de un lejano país imaginario... Así podía empezarse la relación del estreno de «Las alondras», libro de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, música del maestro Guerrero, que tuvo lugar ayer noche en el teatro Parisiana.

Con lo apuntado basta para comprender que el argumento de la comedia lírica—con gotas de revista, añadimos nosotros—es un tanto novelesco, o, rebajando su categoría, de cuento infantil. Un príncipe y una modistilla, enamorada y buena, habitantes del barrio latino de París, y desahogado estudiante de la Sorbona él, acaban, después de unas cuantas peripecias que sirven para demostrar la fiabilidad de la costurerita, apenas prometiéndose en matrimonio, entre la general algazara de un cabaret.

Y en consonancia con la escasa valía del libreto, también la partitura tiene poco que destacar. Hábil, como siempre, el maestro Guerrero ha confeccionado una música fácil, pero que no llega tan bien al oído como otras suyas, porque la melodía y la inspiración aparecen diluidas en pequeñas dosis.

Sin embargo, fueron bisados algunos números, y fué aplaudida la obra en todo momento, viéndose precisados el maestro Guerrero y Federico Romero, uno de los dos autores del libro, que asistió al estreno, a salir al proscenio a recibir el homenaje del público, no muy numeroso, que asistió a la representación.

De los intérpretes, en primer lugar el cuarteto cómico integrado por la señora Cortés y el señor Gómez por un lado, y Anita Hernández con Ornat por otro, siempre muy acertados, dentro de la inseguridad natural por no saberse el papel alguno de ellos. Después, la señorita Dorini, bien en general, y, por fin, algunos momentos el señor Aparicio, que no sabe sacar todo el partido posible de su voz.

Las segundas partes cumplieron bien.
J. S. R.

EN YALLADOLID

"Noche de Carillita" 8 Febrero 1928. =

LOS TEATROS

LOPE DE VEGA

Presentación de la compañía lírica de Méndez Laserna.—Estreno de «Las alondras», de Romero y Fernández Shaw, música del maestro Guerrero.

En el fondo riente y sugestivo del Barrio Latino han emplazado los señores Romero y Fernández Shaw la acción de su comedieta lírica—denominación la más apropiada á la índole de la obra—, cuyo desarrollo, pese á la trivialidad del asunto, interesa al público desde el primer momento.

La figura central de Mimi, la modistilla hermosa y buena que ha de cuidar del sustento de sus hermanitos huérfanos, tiene interés y poder subyugador para que Octavio, el príncipe—un príncipe más en el tingladiño de la farsa—se fije en ella y renuncie á su alcurnia para conquistar el amor de la modista, ideal en el que cifra todas sus ilusiones. Y claro es que, pensando de esta manera, poco se le da de que en Khoralia, su reino, haya revolución y destruyan á sus mayores.

Por este engaño está á punto de perder la felicidad, pues Mimi cree que su amor no es verdadero, y llega hasta el borde, hasta el «cabaret», donde el encuentro, para ella providencial de Octavio, la hace ver que éste la ama de ver-

dad y que piensa casarse con ella.

La obra, pues, tiene un final agradable, ya que no hay abandono ni huida, sino que el amor, que vela por todos, les hace felices.

Los autores de «Las alondras» dan motivo al popular maestro Guerrero para que componga una partitura alegre, movida y pimpanta, sin que se desvíe para nada de las características de las partituras del aplaudido compositor toledano. Destacan el número de los estudiantes, un dueto cómico del primer acto, unos dúos del acto segundo, el número de los guardias de la porra y el «black-bottou» del plátano.

El público, muy numeroso, aplaudió complacido á la terminación de los actos, haciendo levantar la cortina varias veces.

La compañía lírica, que se presentaba con esta obra, produjo muy grata impresión.

La señorita Darini, tiple de linda figura y voz, junto con Anita Hernández, excelente tiple cómica; Dolores Cortés, que se ha pasado de la comedia á la zarzuela, y los señores Gómez, Ornat, Aparicio, Arias, que compuso con acierto el difícil papel de Kund Kolbus, y Oñra, escucharon muchos aplausos.

Jacinto Guerrero, que fué recibido con una cariñosa ovación, dirigió la orquesta con el acierto y brío peculiares en él, subiendo á escena á compartir con los intérpretes los aplausos del público.—E. Cerrillo.

"ABC" 8 Febrero 1928

El Libreto de «Las Alondras»

Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han editado y puesto a la venta el libreto de su admirable "comedieta lírica", en

dos actos, "Las alondras", que tan merecido éxito feliz ha obtenido en el teatro Apolo. Los jóvenes y celebrados autores, en ésta como en todas sus producciones, saben triunfar, hermanando el interés con el buen gusto, y acreditando su estirpe literaria, que es legítima herencia en el hijo del inolvidable poeta y autor de "La revoltosa" y tantas otras obras que son gala del teatro. Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw han tenido la bondad de dedicar "Las alondras" a nuestro director, Sr. Luca de Tena.

EN GALICIA

"Faro de Vigo" 14 Febrero 1928.

Teatros y Salones

GARCIA BARBON.

EL ESTRENO DE «LAS ALONDRAS»

Un boceto de comedia lirica mezclado a otro boceto de opereta y a un apunte de revista dan un todo que se titula «Las alondras».

Este todo resulta un espectáculo grato divertido y vistoso.

Una música inspirada, alegre y preparada para pegarse al oído rimando perfectamente las situaciones, los lances y las fases de la obra. El maestro Guerrero acreditando una vez más su indiscutible habilidad de compositor creó en «Las alondras» trozos liricos sentimentales, trozos liricos frivolos y trozos liricos jocosos, logrando de esa manera un triunfo nuevo que coloca encima de su fama de músico.

Los artistas de Teatro Lirico Nacional llevaron la obra lo mejor que les fué posible, destacándose Juanita Fabra y José Luis Lloret, la señora Galindo y el tenor cómico Cuevas.

Terminada la representación de «Las alondras» la tiple Juanita Fabra y los baritonos Carbonell y Lloret, haciendo honor a su calidad de valencianos, dedicaron a sus paisanos residentes en Vigo varias canciones de óperas y zarzuelas, que cantaron con la maestría que les es peculiar y que les valieron ovaciones clamorosas del público que llenaba la amplísima sala del lujoso Barbón.

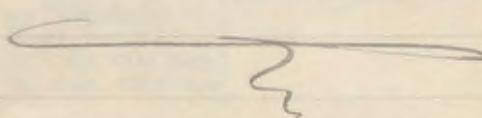
La colonia valenciana retribuyó la gentileza de los meritisimos artistas paisanos suyos con 50 docenas de claveles y una linda muñeca a la señorita Fabra y con carteras a los señores Lloret y Carbonell.

Lo señorita Fabra llevará hoy los claveles que le ofrendaron sus paisanos al Santísimo Cristo de la Victoria y a la Virgen de los Desamparados, Patrona de Valencia, que se venera en uno de los templos de nuestra ciudad.

Hoy sale la compañía de Teatro Lirico Nacional, después de una gran temporada, para Santiago, donde interpretará «El caserio», «La tempestad», y «La villana».

De Compostela seguirá a La Coruña, en cuyo Teatro Linares Rivas hará una breve temporada.

En La Coruña embarcará el elenco de Martínez Penas para Canarias.



"Reprise" en Vigo - "Faro de Vigo" 26-II-928

LOS "DIVOS" CABALLÉ Y VENDRELL EN EL TAMBERLICK

El clamoroso éxito de "Las Alondras"

Continúa con una brillantez inigualada, en el Tamberlick la actuación de la notabilísima agrupación artística que dirigen los prestigiosos cantantes Caballé y Vendrell. El público hace acto de presencia en todas las funciones en extraordinaria cantidad, saliendo satisfechísimo del espectáculo, cuya categoría en el género es insuperable.

En función de tarde subió a escena la comedieta lírica del maestro Guerrero titulada "Las Alondras".

La música de esta obra tiene la gracia y estilo característico de su autor. Las melodías fáciles, ligeras, de exquisita frivolidad abundan en la bien lograda partitura. Como siempre, el maestro Guerrero cuya técnica audaz, moderna, despreocupada tantos éxitos le ha dado, sabe dar a la orquestación toda la limpidez, colorido y brío requeridos para que el entusiasmo se desborde al final de cada número.

El libro, que responde a la firma de los celebrados autores de "Doña Francisquita" es limpio, optimista, gracioso y sentimental. Son "Las Alondras" un bello canto a la juventud y a la belleza. Es una obra que plasma con encantadores perfiles la atracción de estudiantes y modistillas. Ellas y ellos gozan, rien, aman y también lloran al correr de la amable farsa. Ved sino lo que dicen los versos que recita la gentil "Colette", que son el "leit-motif" de la obra:

Mujercitas alondras
que a la luz plateada
de la nueva alborada
suspiráis por el sol.
Mujercitas, alondras
que voláis a la fuente
a la luz incipiente
del dorado arrebol.
Mujercitas, alondras
del amor y el ensueño...
¿Dónde os lleva el empeño
de soñar y de amar?
No sabéis que en la fuente
del amor hay un caño
donde mana el engaño...
y el olvido a la par?
Mujercitas, alondras:
cuando el sol, joven, arde
recordad que a la tarde
morirá en un alcor.
Y, al volver a la fuente
del amor, desde el nido,
que se bebe el olvido
a la vez que el amor.

El amor del príncipe Octavio triunfa en el corazón de Mimí, redimiendo a la ingenua "midinette". En todo momento la obra tiene el más delicioso

sabor de revista moderna, que causó la más agradable impresión.

A las lindas y esculturales vicetiples y al coro general femenino se debe una buena parte del éxito logrado en "Las Alondras". Las evoluciones magníficas y los bailes, especialmente el "block botton", estupendos.

Vendrell estuvo a la altura de sus merecimientos siendo ovacionadísimo en sus intervenciones. El público se ha encariñado con tal genial artista cuyas facultades líricas cada vez causan mayor asombro.

Amparo Saus, la bella y notabilísima tiple cómica que debutaba, desde su aparición en escena supo cautivar la admiración del auditorio, que unanimemente se rindió a sus naturales encantos y a su arte, siendo aplaudidísima como premio a su magnífico trabajo. Pocas tiples cómicas españolas poseerán la riqueza de facultades que Amparo Saus, a las que hay que unir una simpatía que la hace adorable. Su debut constituyó un triunfo de los que consagran una reputación artística.

Amparo Alarcón, la bella y notable tiple cantante, hizo una "Mimí" admirable.

Muy graciosa en sus intervenciones la notable actriz Amparo Wieden. Muy bien las encantaderas vicetiples Mercedes García, Carmen Cervera, Elvira Frau, Paquita Gallego y Araceli Tomás.

Muy bien los excelentes actores Ruiz París, Penades y Ripoll, Juan Baraja hizo un alomán de auténticos perfiles. Fue muy celebrada su feliz actuación por el alarde de natural comicidad que dió a su personaje. Pedro Segura muy acertado. Es un actor de seguros recursos para el triunfo, que ayer logró plenamente.

Los demás intérpretes coadyuvaron al mejor conjunto que fué realmente estupendo.

La presentación fué todo lo digna a que nos tiene acostumbrados esta compañía. El decorado muy vistoso y original. El vestuario riquísimo y de gusto sorprendente. Así se presentan las obras!

En suma, un éxito grande por todos conceptos, del que pueden estar satisfechos artistas, empresa y autores.

La orquesta, a la altura de sus grandes méritos dirigida admirablemente por el notable maestro Civera.

"La voz de Galicia" (La Gaceta) 25 - II - 1928

TEATRALERIAS

"Las Alondras".—Despedida.

Con el estreno de "Las Alondras", una obra lírica en dos actos, del maestro Guerrero, se despidió anoche de nuestro público la compañía de zarzuela de Martínez Penas, que hoy embarca en el magnífico trasatlántico holandés "Flandria" para Buenos Aires.

"Las Alondras" es una "comedieta"—así, al gusto italiano—con golas de orquesta y de revista, todo trivialidad y efectos plásticos, a cargo del escenógrafo, del sastre, del electricista y, naturalmente, de las señoritas de conjunto.

La música es alegre, ligera, con ritmos insinuantes que se tararean a poco de oídos. Y se olvidan también. Hay un coro de estudiantes que aspira a servir de himno de la clase—de la clase escolar, es claro—, ciertos números cómicos, un paso doble y algunos bailables super-tanguistas y charlestonescos, que cayeron en gracia. Fueron aplaudidos.

Con todo, no es "Las Alondras" uno de esos aciertos francos que han colocado a Guerrero a la cabeza del trimestre. Se oyó con agrado, pero no dió el músico con el numerito gracioso, espontáneo, felizmente inspirado que se difunde y populariza. El libro, de Romero y Fernández Shaw, que por lo visto son los libretistas de moda, es discreto y hace reír. Algo del corte de "Bohemios", pero con menos unidad y menos interés.

Como muestra de que la excelente compañía da a pluma y a pelo y lleva todas las obras escelerentemente montadas, bien estuvo el estreno. Realmente va muy bien de presentación la regocijada farsa: trajes, telones, trucos, mujerío... (Antepongan ustedes estos elementos como les plazca).

Cantaron muy bien la zarzuelita en cuanto tiene que cantar, todos los artistas, descollando por derecho propio las señoritas Fabra y Soler, el buen barítono Lloret, del León y Cuevas. La característica, de sólida base, muy movida y original.

Como fin de fiesta, y según habíamos pedido, el celebrado artista José Luis Lloret cantó admirablemente acompañándose él mismo al piano, una bella romanza de "Benamor", la dulce melodía gallega "Dois amores" y la cavatina del "Barbero". En páginas tan oportunas hizo espléndido alarde de su voz extensa, de gratisísimo timbre y de lo bien que siente y expresa. Como además es tan simpático y deja en el público el mejor recuerdo, se le oracionó larga y efusivamente.

Buen viaje, a él y a todos sus compañeros. Que la excursión por tierras de América les sea propicia.

Sesenta personas de la compañía embarcarán hoy con una balumba de equipaje e impedimenta. Sólo de plus, (para llevar como si dijéramos en la rejilla del vagón), van doce toneladas de carga... Y luego, toda la demás!!

"El Orgán"

25 Febrero 1928

GACETILLA TEATRAL

"Las Alondras" del maestro Guerrero obtuvieron ayer pleno éxito. Su música fácil y sensual agradó al numeroso público que asistió al estreno, atraído por el renombre de que goza el autor de la "Montaña". La partitura compuesta casi toda con bailables modernos y alguna romanza dulce y sentimental se hará pronto popular. La señorita Fabra y el señor Lloret fueron muy aplaudidos, y los demás intérpretes compusieron un conjunto muy aceptable.

La presentación lujosa.

El señor Lloret para corresponder al favor constante que el público le dispensó, muy justamente, cantó la canción española de "Benamor", "Meus amores", de Baldomir y la cavatina del "Barbero de Sevilla". El notable barítono lució su hermosa voz y depurado estilo, demostrando que está capacitado para empresas de más altos vuelos que las que actualmente absorben su talento.

Ayer se despidió la notable compañía, que deja un grato recuerdo entre nosotros. Le deseamos grandes éxitos en su campaña americana.

EN BARCELONA

"El diaris" 15 abril
1928

VICTORIA :: Estreno de la comedieta en dos actos "Las alondras", letra de Federico Romero y G. Fernández Shaw, música del maestro Jacinto Guerrero.

Anoche, antes de comenzar la representación de "Las alondras", había una verdadera expectación que cristalizaba en cierta nerviosidad, muy ostensible en el público.

A medida que la representación fué avanzando fué también disminuyendo la tensión nerviosa, siguiendo aquella por los cauces normales y apoderándose del ánimo de los espectadores.

La obra tiene momentos felices, aunque de trama conocida, que nos la hace olvidar lo ingenuo de las combinaciones.

Los números de música tienen un excelente acoplamiento, algunos de ellos muy inspirados, y que fueron aplaudidísimos y bisados.

Lo más importante fué la presentación, que resultó espléndida, porque no se omitió ni el más insignificante detalle.

En la magnífica interpretación distinguieronse las tres Amparos: Amparo Saus, en una deliciosa Colette; Amparo Alarcón, en su difícil Miral, y Amparo Wieden, en su Magdalena.

Para quien el público reservó sus mayores ovaciones fué para Emilio Vendrell, que estuvo sencillamente colosal, así como también salió encantado de la enorme labor de conjunto, del que destacaron los señores Ruiz-París y Pedro Segura. Gustó mucho el bailarín Becerra.

Al final de todos los actos fué levantada infinitas veces la cortina, y al final de la función tuvo, a requerimientos del respetable, que hablar el maestro Guerrero y también Pedro Segura.

En fin, un exitazo de los de época.

M. S. C.

"La noche"

16 abril 1928

VICTORIA

Estreno de «Las Alondras», del maestro Guerrero

Un lleno completo, un lleno a rebosar hubo el sábado, por la noche, en el teatro Victoria. Se estrenaba la comedia lírica, en dos actos, de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw, con música del maestro Guerrero, «Las Alondras».

La obra, que tiene detalles de revista, fué del agrado del público, el cual rió estrepitosamente sus escenas cómicas y aplaudió mucho los números musicales, obligando a repetir tres del primer acto y dos del segundo. Realmente la música de «Las Alondras», es fácil, alegre y asimilable, constituyendo otro acierto del maestro Guerrero, aunque haya quien crea lo contrario.

Amparo Saus, tan graciosa y simpática como siempre, hizo las delicias de la concurrencia, con Ruiz París, Pedro Segura y Amparo Wieden. En todo momento estuvo la señora Saus muy oportuna, obteniendo grandes ovaciones, como los otros artistas citados.

Emilio Vendrell, el notable cantante; Amparo Alarcón y Baraja, también actuaron con gran éxito, contribuyendo a que la obra alcanzara la buena aceptación que logró.

En el segundo acto de «Las Alondras», debutó el bailarín Arsenio Becerra, muchacho de extraordinaria agilidad y soltura y con evidentes condiciones de artista, el que puede codearse con la mayor parte de los bailarines que han desfilado por Barcelona, con incomprensibles pretensiones. El público, con sus aplausos, le hizo repetir sus bailes.

El maestro Guerrero, que dirigía la orquesta, fué ovacionado al terminar cada acto, saliendo a escena, con las principales partes de la Compañía, para corresponder a la cortesía del público, y pronunciando breves palabras de gratitud, al terminar la obra.—J. del E.

16 Abril 1928.

Otros estrenos del sábado

VICTORIA. - "Las alondras", comedieta musical, en dos actos, dividido el segundo en tres cuadros; original, el libro, de Federico Romero y G. Fernández Shaw; la música, del maestro Jacinto Guerrero : : : : : : : :

El libreto de esa comedia musical, estrenada en el teatro Victoria la noche del pasado sábado por la compañía Caballé-Vendrell, contiene un asunto parecido al de "Juventud de príncipe", la bella comedia alemana que ha servido de modelo para tantos argumentos de opereta.

Los libretistas nos transportan esa vez a París, al barrio de estudiantes y en plena fiesta de los mercados, para que contemplemos los amores de una linda muchacha con un joven príncipe que cursa filosofía en La Sorbona. Un acierto es no habernos presentado escenas de apaches. Preferimos el tango, aunque sea infernal, es menos tétrico, aunque en el fondo tiene muchas veces la intención del gran guñol.

El joven príncipe — de 23 años de edad, como los demás estudiantes (lo que puede influir en el éxito una frasecita) — lo es de Coralía y vive vida de bohemio en la capital de Francia en compañía de un fiel y divertido servidor palatino que le secunda en las aventuras de mozo. Huelga decir que el papel de príncipe corresponde a una primera parte. Esa primera parte es de tenor y la desempeña el melifluo Emilio Vendrell. Su criado, trazado a la picaresca, es papel de gracioso y lo interpreta el chispeante y travieso Segura. Si el primero se enamora de la tierna y bella "Mimi" y la vuelve loca con sus notas de ruiñón, el segundo busca arrimo en una cuarentona, a la que endulza la existencia con fingidos arrumacos con vistas a los francos y el buen plato. Coralía está en revolución y corre peligro por ello la vida del joven príncipe en París; para librarle de peligros, interviene en la farsa un bobo, y de esos papellitos ya sabemos se encarga en la compañía Caballé-Vendrell el actor Ruiz París, que los ejecuta a la perfección. "Mimi" ha de cantar los dúos y las arietas de juramento y de queja como enamorada en la zarzuela, y los canta esa alondra llamada Amparo Alarcón. A "Mimi" la consuela sus penas "Collette", la novia del bobalicón, y novia obligada de Ruiz-París en esos lances de teatro es ese encanto de mujer llamada Amparo

Saus, que se presenta en esa obra luciendo la gracia que la naturaleza la dió y unos trajes y alhajas de reina. La revolución triunfa y destrona a los reyes de Coralía; el joven príncipe se muestra contentísimo, porque, privado del trono, podrá casarse sin protestas, ni recelos y sin peligros con su adorada "Mimi". De esa suerte "Mimi", poco antes reina de los mercados de París y ahora destronada, pasa a ocupar el trono del corazón del príncipe, el cual, después de terminar sus estudios, entrará en oposiciones, y nombrado profesor, esto es, con sueldo asegurado, contraerá matrimonio con su adorado tormento...

El libreto tiene algunos chistes y frases ingeniosas. El primer acto, aunque ligerito, puede pasar; el acto segundo, señala un constante esfuerzo en los autores para hallar orientación y un final que no resulte accidentado. A pesar del esfuerzo, queda en intento.

La música... sólo un numeri-

to del primer acto: la canción estudiantil, que el músico sigue comentando en el curso de la obrilla, como si dijera: "Señores, eso es lo más inspirado de la partitura; es la canela de ese plato que os brindo". La verdad es que el plato no tiene más que ese adarme de canela, que nos sirve el maestro Guerrero con acompañamiento de bombo y de platillos.

Hubo repetición de números musicales. El bailarín también repitió. Salta, brinca y trenza ese muchacho, llamado Becerra, como picado por la tarántula. Eso quiere decir que es ligero, pero no elegante. Con el tiempo

Tiene pasta de excelente bailarín, pero de su pasta todavía no ha salido el ramillete.

Amparo Alarcón, Amparo Saus, Emilio Vendrell, Ruiz París y el nervioso Segura, fueron los actores más aplaudidos.

La mayoría del público — hubo división de pareceres respecto a los autores, prevaleciendo el favorable — requirió la presencia de los libretistas, del músico y de los intérpretes en el proscenio repetidas veces, y pidió también los discursitos de rúbrica.

Buena la dirección, elegantes los trajes y el decorado, de Morales, discreto.



LAS ALONDRA.

Acto I

Magdalena
(Carmen Andrés)

Fenelón
(Lino Rodríguez).



Legado Guillermo Fernández Shaw. Biblioteca FJM. *Bolette*, (Blanca Suarez) *Tricés* (F. Gallego).



LAS ALONDRA3

Acto 1º

Octavio (Francisco
Godoyol).

LAS ALONDRA3

Acto 2º

Colette (Blanca
Suárez).





LAS ALONDRAS

Acto 2o.

Numero de
la Guillo-
tina.



LAS ALONDRAS
Acto 2o.
Numero
(Francisco
Gallardo).

LAS ALONDRA
 Acto 2o
Miami (Selica
 Perez Garpio).



LAS ALONDRA
 Acto 2o.
Octavio (Francisco
 Godarol).



LAS ALONDRA
Acto 2o
Cuadro segundos.

Señoras Paso 7
Rodriguez, en el
mientras de las guar-
dias de la porra.

LAS ALONDRA
ACTO 2o - CUADRO 3

"El Platano" (Reyes
Partigo, La Yankee)



LAS
ALONDRA
"El Pango
infernol."
Sra. Reyes
Castro, la
Tante y
Tute.



LAS ALONDRA
ACTO 2º. CUADRO 3º
Enjambre de el
Pango infernal.



Foto Orrius

